



LA RED AMARILLA



SILVER KANE

SS **SERVICIO SECRETO**





PHIL

JACQUELINE

FEB 65

SILVER KANE

LA RED AMARILLA

Colección SERVICIO SECRETO n.º 887

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
- RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 21.310 - 1967
Printed in Spain - Impreso en España

1.^a edición: agosto 1967

© SILVER KANE - 1967
sobre la parte literaria

© VICENTE ROSO - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.020 — El sheriff más joven de Texas.

En Colección SERVICIO. SECRETO:

879 — La última oportunidad de Johnny Laurent.

En Colección SALVAJE TEXAS:

576 — El buitre de Nevada.

En Colección KANSAS:

456 — Ha muerto una desconocida.

En Colección BÚFALO:

715 — Millonaria peligrosa.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La hora de los demonios.

En Colección METRALLA:

49— ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

243 — Melodía para un *gangster*.

En Colección BRAVO OESTE:

336 — La hija de la serpiente.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158 — La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

468— ¡No habrá tiros!

En Colección CALIFORNIA:

566 — “Benny Holt”.

En Colección PUNTO ROJO:

275 — El reino de las sombras.

“La vida de un espía no está sujeta a leyes —le dijeron al joven aspirante, mientras se preparaba para la sección de Oriente—. Es la más aventurera que existe en nuestro mundo, pero también la más peligrosa y en cierto modo la más inmoral.

“—¿Y qué ocurre con un espía cuando ya no es útil o se desconfía de él? —preguntó a continuación el joven.

“Pero para esta pregunta ya no obtuvo respuesta. Nadie quiso decírselo hasta que, tiempo más tarde, él lo vio”.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que caminaba silenciosamente por la calle tortuosa, envuelta en el silencio, pensó que Hanoi había cambiado por completo en cuestión de semanas.

Poco antes, cuando aquel hombre era aún jefe de una de las secciones del servicio secreto francés en Indochina, Hanoi era una de las ciudades más corrompidas de Oriente. Desde que uno desembarcaba en el puerto de Haiphong hasta llegar a la vieja capital, pasaba ante una cantidad increíble de casas de juego, cabarets, burdeles y fumadores semiclandestinos de opio, algo que en tal cantidad era difícil existiese en otro lugar del mundo, a no ser en Saigón y tal vez en Shanghái. Claro que Shanghái, por entonces, también había cambiado mucho.

El hombre avanzaba rápidamente, cruzando a saltitos por encima de los charcos de agua sucia de la callejuela.

No era un occidental, sino un vietnamita, y por eso no llamaba la atención. Durante cinco años estudió en París en *l'Ecole Militaire*, y era oficial del ejército francés, pero cualquiera lo hubiese tomado por un nativo relativamente bien vestido, de los que ocupaban un cargo oficial en el nuevo gobierno comunista.

Siguiendo por la calle silenciosa, el hombre pasó ante una larga fila de bares que conocía bien. En otro tiempo, y por poco dinero, uno podía conseguir allí deliciosas muchachas amarillas. Podía jugar a lo que quisiera e incluso cargar su pipa con opio, si eso le gustaba. Ahora todos aquellos establecimientos estaban cerrados y solo servían, durante el día, como comedores populares.

Al hombre le repugnaba todo lo que oliera a popular; a él le gustaba la vieja Indochina, no la nueva. Desde que los franceses se habían largado y allí se instalaron Giap y Ho-Chi-Minh, las cosas habían cambiado tanto que la ciudad era irreconocible.

Llegó ante un antiguo templo budista, en una plaza cuyo centro estaba ocupado por el majestuoso edificio.

El templo no había sufrido con la guerra, pero estaba muy

descuidado. Parte de la comunidad religiosa había marchado al sur, que quedó fuera del control comunista después de los acuerdos de Ginebra. Otros bonzos continuaban allí.

Uno de ellos estaba en las escaleras, contemplando las estrellas. Iba vestido de amarillo, como todos sus compañeros de religión, y llevaba la cabeza rapada. En la derecha sostenía un pequeño cuenco para beber agua, sobre la cual había caído un mosquito. El monje budista lo arrastraba con una especie, de pequeño rastrillo de metal, sin causarle daño, pues su religión le impedía matar a ningún ser de los que habían sido creados en la tierra.

El monje vio avanzar al recién llegado y lo miró intensamente.

Apareció el buen corte de sus ropas occidentales, su inmaculada camisa blanca y sus zapatos muy limpios a pesar de haber transitado por calles donde abundaba el agua cenagosa.

El monje se puso en pie.

—Hola, señor Cluzot —dijo respetuosamente, en impecable francés—. ¿Le ha molestado alguien?

—No, nadie.

—Sus amigos están ahí dentro.

—Excelente; veo que han sido puntuales. Puedo pasar, ¿verdad?

—Claro que sí. Adelante.

El hombre ascendió las escaleras del templo. Sobre él no había más que el silencio, las estrellas y la noche. Antes de que llegara a la monumental puerta tras la que reposaba la estatua de Buda, el monje le llamó con voz cuchicheante.

—Señor Cluzot...

—¿Qué hay?

—Deseaba decirle que la divinidad agradecerá sus desvelos; y que las personas caritativas como ustedes, tendrán el premio que merecen y llegarán a gozar de una vida mejor.

Cluzot entrecerró los ojos. Su frente se cubrió de mil arrugas, diminutas.

—Claro que sí... Seguro —y de pronto cambió de actitud, diciendo—: Nosotros no hacemos más que cumplir con nuestro deber.

Pasó al interior del templo, que estaba dismantelado, pues habían llegado a librarse pequeños combates en él. Todo estaba silencioso y limpio, sin embargo, e infundía una especie de

temeroso respeto. Cluzot pasó por detrás de la imagen de Buda, descendió unas pequeñas escalerillas y se encontró en una habitación cuadrada en cuyas paredes había escritas diversas jaculatorias religiosas.

Era un lugar que también infundía respeto, pero los tres hombres reunidos allí no parecían opinar lo mismo.

Los tres vestían de blanco, con ropas occidentales, y los tres fumaban. Uno de ellos se abanicaba cadenciosamente con un sombrero de paja; otro engrasaba una pistola, y el tercero ocultó enseguida una revista frívola en cuya portada se veía a una mujer tensándose unas medias negras.

Cluzot dijo con sorna:

—¡Vaya! ¡Leer eso dentro de un templo!

—Es que es un templo budista.

—Lo mismo da.

—Las señoras estupendas son señoras estupendas en todas partes —dijo el de la revista—. Vete al infierno.

El de la pistola la depositó sobre la mesa.

—¿Has traído eso? —musitó.

—Sí. Por cierto, ¿es de toda confianza ese monje de ahí fuera?

—Él cree que somos una comisión que va a aportar dinero para reconstruir este templo.

Cluzot disimuló una sonrisa.

—Creía que esos orientales eran más listos —susurró.

—¿Qué sorpresa puede darte a ti esa gente, Cluzot? Llevas quince años viviendo en Indochina.

—Pero había tratado con muy pocos monjes —sonrió Cluzot—. Mis relaciones con la divinidad dejan bastante que desear. Además, ¿para qué habláis de Indochina? Ahora todo esto se llama de otro modo: Se llama Vietnam. ¿Qué se hizo del viejo y nostálgico Imperio francés? De la antigua Indochina han surgido cuatro países: Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos y Camboya. Un asco. ¿Habéis visto cómo ha cambiado la ciudad?

El de la revista la exhibió ante las narices de sus compañeros.

—Y que lo digas... Me ha costado una barbaridad encontrar esto.

Cluzot entrecerró los ojos, y otra vez su frente se llenó de mil diminutas arrugas. No podía evitarlo; pese a ser un vietnamita, le gustaban más las mujeres blancas. Extrajo una larga boquilla de

marfil y encajó pensativamente en su extremo un cigarrillo inglés.

—Bueno —dijo—, voy a enseñaros cómo se maneja lo que he traído. No podemos perder demasiado tiempo.

De uno de sus bolsillos interiores extrajo una pluma estilográfica normal. Llevaba en el mismo bolsillo otras tres exactamente iguales.

Se sentó a la mesa y desenroscó la pluma bajo el potente cono de luz de la lámpara.

El recipiente para tinta era muy pequeño, de modo que con aquella pluma apenas se podían escribir unas cuantas líneas. El resto del recipiente estaba ocupado por una pequeña maravilla electrónica: un aparato receptor que funcionaba del original modo que Cluzot mostró a continuación a los allí reunidos.

Consultó su reloj.

—Es la hora exacta —dijo—. Central va a empezar a transmitir. Claro que solo a título de prueba.

Apoyó la pluma en la portada de la revista, descansándola sobre las piernas de la chica. Todos vieron entonces que el sujetador se movía un poco.

—Llevando la pluma en el bolsillo, sobre el corazón, este leve movimiento se nota enseguida —dijo—. Es la señal de que va a empezar a transmitir. Entonces no hay más que fingir que uno escribe.

El plumín de oro aparecía y desaparecía con rapidez. Sin que la mano de Cluzot interviniese, trazaba en el papel unos pequeños signos que no eran sino puntos y rayas del alfabeto Morse. Una pequeña línea vertical indicaba, de vez en cuando, la separación entre dos palabras.

Todos le miraban expectantes.

El mensaje fue breve. Al finalizar, Cluzot tendió la revista a su dueño.

—Deja de mirar las piernas de la chica y lee.

El hombre descifró con rapidez: “Transmitiendo sesión de aprendizaje”.

—Es extraordinario... —farfulló.

—Es único —corrigió Cluzot—. Lo único que hay que hacer es procurar que no falte nunca tinta en el depósito. Por lo demás, puede escribirse el mensaje que se recibe en cualquier lugar y sin llamar la atención. No produce vibraciones ni ruidos. Es, además,

imposible, que una estación detectora de la policía capte la longitud de onda y, por tanto, pueda saber dónde se halla el que recibe el mensaje.

Guardó aquella pluma y repartió las otras tres entre los hombres que estaban en torno a la mesa.

—Conservadlas bien. Esta pluma va a ser el único nexo de unión que tendréis con Central hasta que la red de espionaje se reorganice desde París. Tenéis incluso que dormir con ella. Es muy posible que dentro de un par de días recibáis ya ordenes concretas.

Se puso en pie.

—¿Ya te vas, Cluzot?

—No conviene que esté demasiado tiempo aquí. A diferencia de vosotros, yo soy algo conocido en Hanoi. Pero primero quiero ver cómo os ajustáis las plumas.

Los tres hombres tomaron cada uno la suya, con una especie de veneración, y se las ajustaron en los bolsillos interiores de sus americanas. Cluzot los observaba.

—Bien —dijo—. Muy bien.

Luego se dirigió a la puerta.

—¿Cuándo nos veremos? —susurró el de la revista.

—Ya recibiréis órdenes. Es cuanto puedo decir. ¡Ah! Esa pluma es vuestra más eficaz arma de trabajo; hay que impedir que caiga en manos de cualquier agente enemigo, lo mismo que los papeles donde escribáis los mensajes. Por si acaso, la pluma está cargada con tinta simpática, que desaparece al cabo de unos instantes.

Hizo un guiño y salió.

Resultaba un tipo extraño en aquel ambiente; tan severamente vestido, tan circunspecto, tan parecido a un banquero occidental de los que las nuevas oleadas políticas iban barriendo del sudeste de Asia.

El de la revista, al quedar los tres solos, puso otra vez los pies sobre la mesa.

—Bueno, ahora a aburrirnos... —dijo—. Si al menos se pudiera encontrar una mujer como esta en Hanoi... Pero todo ha cambiado. Las blancas han emigrado, y las amarillas solo se dedican a hacer carreteras. Se han convertido, en chinchas...

Dejó la revista sobre la mesa y en ese instante se produjo la primera explosión.

El hombre no tuvo tiempo ni de llevarse las manos al corazón, que había sido materialmente triturado. Toda una parte de su americana saltó; de ella brotó un manantial de sangre.

Los otros dos le miraron horrorizados durante unos segundos, sin saber qué pensar, sin atreverse a reaccionar. Entonces estalló la segunda pluma.

Tampoco el segundo hombre tuvo tiempo de hacer un solo movimiento. Toda una parte de su pecho quedó ennegrecida, mientras la sangre saltaba hasta las paredes del fondo de la habitación. El tercer hombre logró extraer instantáneamente la pluma del bolsillo interior de su americana.

Pero no llegó a tiempo.

La pluma estalló materialmente en su cara, destrozándose. Todas sus facciones desaparecieron en un momento. En su lugar quedó una espantosa mancha roja que no tenía forma humana.

Desde el exterior, mientras bajaba por las escaleras calmosamente, Cluzot oyó las explosiones.

Se detuvo a escucharlas, con la complacencia del que acababa de terminar un trabajo bien hecho.

—Uno... —contó—. Dos... —se intranquilizó, al notar que no llegaba la tercera. Al fin lo comprobó—: Tres...

Todo había terminado.

Ninguno de los que acababan de morir sospechó que solo una de las plumas, la que él había enseñado, contenía un aparato receptor. Las otras, las que les había entregado, solo tenían una carga explosiva cronometrada con precisión de segundos.

Luego Cluzot siguió descendiendo.

Aún no había encendido el cigarrillo inglés prendido al final de su boquilla de marfil. Lo hizo.

El bonzo subía las escaleras, casi arrastrándose hasta él. “Parece un escarabajo amarillo —pensó Cluzot—. Pobre chico”.

—Señor... He oído unas pequeñas explosiones. ¿Qué ocurre?

Cluzot le miraba con los ojos entrecerrados, con sus mil arruguitas en la frente.

—Nada, amigo, nada. Por cierto, tengo que darte una limosna, ahora lo recuerdo. Una limosna particular.

—¿Para mí?

—La divinidad está satisfecha de tus bondades, hijo mío. Es justo

que tengas tu premio.

Desde uno de los bolsillos de su americana, sin sacar la pequeña pistola provista de silenciador, disparó dos veces. El monje se estremeció, alcanzado en el corazón, mientras le miraba con una indecible expresión de asombro. Luego cayó rodando escaleras abajo, sin exclamar un gemido.

Cluzot suspiró satisfecho. Solamente habían sonado dos taponazos, imposibles de ser oídos por alguien en aquel paraje semidesierto.

Siguió descendiendo y pasó por encima del cuerpo ensangrentado del bonzo.

—Espero que tus divinidades sepan comprenderte —dijo con suavidad.

Y se alejó rápidamente.

* * *

El nuevo lugar donde aquella misma noche entró Cluzot era muy diferente de aquel viejo templo budista.

Se trataba de una especie de casa de juego, burdel y fumadero, todo clandestino y muy bien disimulado tras una casa de fotografías artísticas situada muy cerca de los muelles de Haiphong.

Eran las dos de la madrugada.

Antaño aquel barrio fue uno de los más animados del mundo, y sucedían en él cosas realmente increíbles, pero ahora estaba silencioso y casi tétrico. Patrullas de “viets” con la bayoneta calada pasaban continuamente por aquella zona, pero el antro donde se introdujo Cluzot aún no había sido descubierto.

Un muchachuelo de unos quince años, un árabe procedente de Indonesia, montaba guardia ante la puerta. En los escaparates ya no había retratos de chicas en posturas bonitas, y sugestivas, sino severas fotografías del general Giap, el que acababa de derrotar a los franceses. Sobre la entrada colgaba el jirón de una nueva bandera vietnamita.

El muchachuelo susurró:

—Hola, señor Cluzot.

—Hola, muchacho. ¿Están todos?

—Sí, señor Cluzot.

—Gracias.

El pequeño árabe tendió la mano derecha.

—¿Es qué los indonesios no hacéis más que pedir? —murmuró Cluzot—. Está bien, toma.

Le dio un verde billete de dólar. Era aquella una moneda que le aceptarían en cualquier sitio de Saigón, sobre todo en los lugares que frecuentaba aquel depravado de dieciséis años.

Pasó al interior. Había dos salas vacías con espejos y cámaras fotográficas que nadie sabía exactamente si funcionaban o no. Los focos estaban apagados, y todo tenía un aspecto hostil y hasta tétrico. El silencio hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Cluzot desvió uno de los retratos que colgaban de la sala y palpó el pedazo de pared que quedaba debajo. Una pequeña rugosidad le indicó el sitio donde debía apretar.

Presionó, y una parte de la pared giró sobre un invisible eje. Se abrió una entrada suficiente para que por ella pasara el cuerpo de un hombre. Cluzot penetró allí y se encontró en una sala no muy grande, llena de humo donde cantaba una muchacha.

Era una vietnamita mestiza, con la piel casi blanca. Tenía una formas turbadoras y armoniosas; era una mujer de líneas rotundas, de las que gustaban a Cluzot. Claro que una chica como aquella ya solo se encontraba en sitios prohibidos.

“Las demás solo trabajan —pensó Cluzot—. Ya solo sirven para trabajar, las muy malditas”...

Esta llevaba una falda abierta en todo el costado, como las mujeres chinas. Usaba medias gruesas a causa de la temperatura algo fría. Sus labios gordezuelos casi acariciaban las palabras al entonar la canción.

Ella estaba sentada sobre una mesa. Había otras chicas allí, pero no eran tan bonitas. Todas se dejaban acariciar por cuatro individuos en mangas de camisa, que no parecían desear otra cosa en el mundo. Miraban a Cluzot como quién ve a un intruso.

El recién llegado cerró a su espalda.

—Veo que no lo pasáis mal —gruñó.

—¿Y por qué habíamos de pasarlo mal? ¿Quieres una chica?

—He venido aquí a trabajar.

—Te advierto que mujeres como estas no las encontrarás en todo Vietnam del Norte.

Cluzot acarició las piernas de la chica sentada a la mesa, que

inmediatamente sintió como un escalofrío. Dejó de cantar.

—Yo he venido a trabajar —repitió—. Traigo lo que estabais esperando.

Extrajo un inhalador y se lo puso en la nariz, aspirando con fruición.

—¿Estás resfriado? —preguntó uno de los que se encontraba en la habitación.

—Un poco.

Extrajo una cajita plana de uno de sus bolsillos. Era metálica y hermética. Tenía color negro.

—Es el explosivo más poderoso que he podido encontrar —explicó—. Con esta cajita bien colocada, puede derrumbarse una fábrica entera. Las conexiones están debajo de la tapa.

—¿Eso significa que habrá que empezar a actuar muy pronto?

—Muy pronto.

Siempre con el inhalador sujeto por la mano derecha, abrió la tapa con la izquierda.

—Os enseñaré cómo funcionan las conexiones —dijo.

Pero solo al alzar la tapa, las cosas ocurrieron de muy distinto modo. Debajo del pedazo de metal no había conexiones, sino una especie de masa gelatinosa que inmediatamente se volatilizó con un chasquido. La habitación se llenó al instante de una bruma espesa, angustiosa, que hizo invisibles las personas y los objetos.

Cluzot se pegó a un costado, taponándose uno de los orificios de la nariz mientras con el otro aspiraba el contenido de su inhalador. Así permaneció durante casi un minuto, quieto, mientras en torno suyo se desataba el infierno.

Un infierno invisible, secreto, que él adivinaba a través de la espesa bruma.

Las mujeres y los hombres chillaban todos a la vez, atropellándose, llevándose las manos a la garganta, sintiendo que sus rodillas cedían y que sus cuellos parecían romperse. La sensación de asfixia fue tan brutal y tan repentina que ni uno de ellos consiguió llegar hasta la puerta.

Cluzot contaba con eso.

Con la tranquilidad de un científico que realiza un experimento, consultó las agujas luminosas de su reloj.

Un minuto.

Ya todo había terminado cuando concluyó ese breve plazo. Cluzot, siempre manteniendo el inhalador pegado a su fosa nasal izquierda, extrajo una linterna de luz amarilla y la paseó por la estancia. Aquella luz atravesó espectralmente la densa neblina del gas mortífero. Vio a los hombres tendidos en grotescas posturas, todos con las manos agarrotadas a la altura de la garganta. Las mujeres habían roto sus vestidos en los espasmos de la rápida agonía. Sus piernas alzadas eran como monumentos a una belleza ya muerta. La que antes cantaba, había caído de la mesa y tenía la boca espantosamente abierta, buscando un poco de aire puro, pese a lo cual seguía siendo hermosa.

Cluzot lamentó no tener las manos libres para acariciarla. Muchos años de guerra le habían dado una brutalidad difícil de concebir, una perversión que llegaba hasta lo más secreto de sus nervios.

Las víctimas habían gritado al morir, pero era imposible que sus gemidos y maldiciones se hubiesen escuchado desde fuera. Cluzot aguardó todavía un par de minutos, para asegurarse bien de que no quedaba ningún superviviente. No podía correr ese riesgo.

El inhalador estaba calculado para tres minutos y medio. No podía esperar más.

A pesar de haber tapado una de sus fosas nasales, una pequeñísima cantidad de gas venenoso se había filtrado hasta sus pulmones. Cluzot abrió la puerta y salió. Luego cerró cuidadosamente, volviendo a oprimir la rugosidad que había tras el cuadro y colocando este en su sitio.

Respiró ansiosamente.

Aire puro... ¡al fin!

Todo estaba silencioso y tranquilo, como antes. A través de los cristales de los escaparates se veía la calle silenciosa. El muchacho árabe continuaba sentado en su sitio.

Alzó la cabeza para mirarle.

—¿Ha visto, señor Cluzot?

—¿El qué?

—Maravillosas mujeres... Sobre todo aquella casi blanca. Pero esos tipos las quieren para ellos. No me han dejado ni entrar.

Cluzot sonrió paternalmente.

—Claro, chico, claro... Son unos egoístas.

—Pronto tendré que volver a Java —dijo el musulmán—. Allí las mujeres son sucias.

—Algunas, hijo mío, algunas...

Extrajo una moneda de plata y la acercó a la mano del muchacho.

—Toma, es para ti.

—¿Para mí? ¡Si aquí hay cincuenta dólares!

—Claro, chico... Todos para ti. Aprieta fuerte esa moneda. Apriétala fuerte, chico. Es bien tuya...

El musulmán lo hizo. La apretó con todas sus fuerzas.

De pronto sus labios se curvaron en una mueca. Su expresión cambió. Sus ojos se volvieron blancos.

Cuando cayó al suelo y quedó espantosamente quieto en él, Cluzot se inclinó y retiró la moneda de la mano crispada.

Tres pequeñas agujitas habían salido de sus bordes, al ser apretada la moneda con fuerza. El veneno que las impregnaba era de efectos instantáneos y seguros.

Cluzot la introdujo en uno de sus bolsillos.

—Tendré que recargarla —pensó—. El veneno se ha perdido.

Luego se alejó de allí. El cuerpo inmóvil del muchacho quedó tendido en la tienda. No era fácil que las patrullas lo descubrieran hasta la mañana siguiente.

Cluzot estaba satisfecho. No podía negar que las cosas marchaban a la perfección.

Lo único que lamentaba era haber tenido que matar a la mestiza. Una chica como aquella no volvería a encontrarla en Hanoi.

Pero ¿por qué pensar en ella?

Él volvería a París; volvería a una de las capitales del mundo donde más abundan las mujeres hermosas.

Se dirigió a los cercanos muelles, algunos de ellos alumbrados con faroles de petróleo. La blanca mole de un mercante se balanceaba sobre las aguas turbias.

Era un mercante francés, uno de los que realizaban la evacuación en virtud de los acuerdos de Ginebra. Una patrulla comunista montaba guardia al pie de la escalerilla.

Cluzot se acercó. Mostró su documentación.

El oficial norvietnamita la examinó metódicamente. Luego se la devolvió, mirando a los pies del viajero.

—¿No lleva equipaje?

—Está ya a bordo.

El oficial saludó con desgana.

—Buen viaje. Y no vuelva.

—No volveré —sonrió Cluzot—. Dentro de poco esta tierra ya no será saludable para mí. No volveré, se lo prometo.

Y subió la escalerilla sin mirar hacia atrás.

CAPÍTULO II

Estaba amaneciendo cuando el buque que venía desde Argel, divisó entre la bruma las casas de Marsella.

Los hombres que estaban acodados en la borda contemplaron aquellas casas con ojos soñolientos y llenos de pesadumbre. Sus rostros parecían cansados y sus uniformes no estaban limpios. Una nube de tristeza flotaba sobre el buque. Parecía aquello cualquier cosa menos el retorno a la patria de los soldados de una de las primeras naciones del mundo.

La única mujer que estaba en la borda pareció expresar el pensamiento de todos en una sola pregunta:

—Es triste, ¿verdad?

El hombre que estaba junto a ella miraba a la lejanía con los labios apretados y las facciones levemente contraídas.

—Marsella siempre ha sido una ciudad triste —le dijo.

—Yo creía todo lo contrario —musitó la mujer—. Es el punto de embarque de la Legión Extranjera y hay ahí más bares, cabarets y establecimientos de diversión que en cualquier otro punto del Mediterráneo. Yo he querido decir que era triste el retorno, no la ciudad.

El hombre sonrió levemente.

—Yo salí de Marsella hace años. Siempre me pareció una ciudad triste. Marsella es la ciudad de los perros perdidos y de las mujeres con cara marchita. En sus cabarets, donde las mujeres se exhiben desnudas, reina una alegría que tiene mucho de común con la muerte. Los legionarios se despiden allí de lo que quizá nunca volverán a tener. Bueno, ¿pero por qué hablar de eso? Dentro, de media hora atracaremos y lo verá usted misma. Se quedará un par de días aquí, ¿verdad?

—Sí, porque no conozco la ciudad. Luego iré a París, a casa de mis padres. ¿Y usted?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué más da?

En aquel momento llegó un suboficial y se cuadró militarmente junto al hombre.

—¿Teniente Philippe Durand?

—El mismo.

—El comandante médico le ruega se sirva visitarle antes de desembarcar. Quiere hacerle algunas últimas recomendaciones. Pide asista también la enfermera ayudante Esclavier.

Saludó y se alejó por cubierta, donde los soldados repatriados se apiñaban señalando las ya cada vez más próximas casas de Marsella.

Philippe miró a la mujer.

—Órdenes son órdenes. ¿Vamos?

—Como usted quiera.

El despacho del comandante médico estaba en el puente superior. Lo habían instalado muy bien, teniendo en cuenta que en el buque viajaban muchos heridos y enfermos, a los que era necesario atender.

El comandante, un hombre grueso, con unas pequeñas gafas cabalgando sobre su nariz, invitó a sentarse a Philippe Durand y lo mismo a la enfermera ayudante Esclavier.

—Ya estamos llegando —dijo por todo comentario—. Dentro de media hora podrá desembarcar. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias —dijo Philippe.

—Yo fumaré, sin embargo —dijo el médico—. Mi último cigarrillo a bordo de este maldito cacharro... Le he llamado para hablarle, teniente Durand —añadió enseguida—. Habrá observado que es el único oficial del buque que ha viajado teniendo a su servicio a una enfermera. Supongo que todos sus compañeros le habrán tenido envidia.

—La señorita Esclavier ha sido muy amable —dijo Philippe—, pero no le cuadra bien el calificativo de enfermera. Llámela usted vigilante y sonará mucho mejor.

—¿Por qué?

—La señorita Esclavier tenía órdenes muy concretas y las ha cumplido fielmente: “Cuidado con el teniente Durand. Fue gravemente herido en Indochina y herido también en Argel. Tiene depresiones terribles que llegan a la obsesión, y quizá pretenda suicidarse. No le pierda de vista ni un minuto, y por las noches,

cuando él vaya a encerrarse en su dormitorio, adminístrele una inyección que le haga dormir pesadamente al menos ocho horas seguidas. Entonces podrá usted retirarse a descansar tranquila, pero por si acaso no deje ningún arma de fuego a su alcance...”

Philippe Durand se pasó una mano por los ojos y susurró después de estas palabras:

—Perdone, señorita Esclavier. Usted tenía una misión y la ha cumplido. Yo no le reprocho nada.

—Creo que gracias a ella ha llegado usted vivo a Francia, teniente Durand —dijo el médico—. Efectivamente, la señorita Esclavier tenía una misión que cumplir; impedir que hiciera usted una locura. Quizá de todos los enfermos y heridos que viajan en este buque es usted el más grave, Durand, porque tiene la mente enferma.

Philippe apretó los labios otra vez.

—¿Me ha llamado solo para decirme eso?

—No. Le he llamado para decirle que, al desembarcar en Marsella, quedará usted fuera de nuestra protección. A los que han peleado en Indochina y después en Argelia, se les ha concedido tres meses de permiso, a fin de que se restablezcan. Usted será libre, podrá ir a donde le plazca y hacer lo que quiera. Por las noches no tendrá a la señorita Esclavier para ponerle una inyección que le obligue a dormir. Si quiere cometer una locura, nadie se lo impedirá. Pero ojo, Durand, es usted un hombre, y un hombre que se precie de tal nunca se deja llevar por los últimos extremos de desesperación. Si hace algo de lo que tememos, en su lápida merecerá que pongan una palabra: “¡Cobarde!”

Philippe, a pesar de que no había aceptado un cigarrillo del médico, extrajo ahora un paquete de uno de los bolsillos de su guerrera y encendió uno calmamente.

—Eso es asunto mío —dijo.

—Lamento verle tan equivocado, Durand, pero espero que recapacite. Buenos días.

Philippe se puso en pie.

—¿No manda nada más, mi comandante?

—Nada más. Feliz permiso.

—Gracias.

Saludó y se encaminó a la puerta.

—Señorita Esclavier... —llamó el comandante.

—Dígame.

—Acompañará usted al teniente hasta el pie de la escalerilla, y allí habrá terminado su servicio. Luego preséntese de nuevo a mí. Ayudará a transportar a los heridos que deben efectuar el desembarco en camilla

—A sus órdenes.

Philippe cedió el paso a la enfermera Esclavier, que al cruzarse con él le miró intensamente y de una manera extraña. De repente, ante la inminencia de la separación, su rostro parecía haberse afilado, sus ojos parecían haberse hecho más quietos, más tristes y más profundos. Philippe se dio cuenta de que aquella mujer lamentaba que todo hubiese terminado, pero esta sensación no dejó en su ánimo ninguna huella. Todo parecía resbalar sobre él sin penetrarle, cómo la mansa lluvia resbala y se pierde sobre los tejados de la gran ciudad.

Se acodó en la borda.

Con su metro ochenta de estatura, sus caderas finas y su pecho amplio, sus ojos grises y sus rizados cabellos negros, era un hombre que por fuerza hubiese tenido que llamar poderosamente la atención de cualquier mujer. Pero Philippe Durand resultaba casi insociable. Él lo sabía y hacía aún más ostensible aquel defecto, como burlándose de la opinión de los demás.

Ahora miraba con ojos entrecerrados las costas de Francia, aquel país al que estaba empezando a odiar.

Otra vez la enfermera Esclavier pareció adivinar sus pensamientos.

—Se está diciendo que Francia los ha abandonado, ¿verdad? Que los ha enviado a luchar en guerras que el país no quiere. Que han dado su vida por nada... Quizá recuerde ahora aquel anuncio monstruoso que apareció en muchos periódicos de París: “Centro sanitario necesita donantes de sangre, prometiendo que esta no será empleada para los heridos que regresen de Indochina”. Los heridos de Indochina podían morir... ¿Verdad que está pensando eso?

Él dijo lentamente:

—Sí.

—Pero no debe atormentarse. Piense que usted ha cumplido, al fin y al cabo, con su deber. Puede regresar a casa con la cabeza muy

alta.

—¿A casa? —preguntó burlonamente él—. ¿Qué casa?...

—¿No tiene a nadie?

—No. Mi madre murió mientras yo estaba en la Kabilia. Era lo único que yo tenía en el mundo.

—¿Por qué no viene a pasar una temporada con nosotros a París? Mis padres son ricos. Tenemos una casa muy grande aunque antigua, en el “faubourg” Saint Antoine. Allí se sentirá bien. Es lo más típico de París, y mis padres lo atenderán gustosamente.

—Y usted podrá seguir vigilándome, ¿verdad?

—Le juro que...

—No jure nada, muchacha. Es usted demasiado buena para mancharse los labios con palabras falsas.

Estaban atracando en los muelles. Una banda militar con uniformes deslucidos había acudido a recibirles. Había unos doscientos familiares de los que llegaban, pero todos tenían los rostros tristes. En los ojos de algunas mujeres había lágrimas. Los estibadores y obreros del puerto miraban al buque con expresión burlona y sin de que sus labios brotase una sola palabra de bienvenida.

Fue entonces cuando Philippe Durand se dijo que Francia estaba definitivamente muerta.

O quizá, él estaba equivocado. Lo qué se producía, ¿no era un cambio inevitable y justo?

Fue a su camarote, que compartía con otros tres oficiales repatriados, y sin despedirse de nadie cargó con su saco de viaje, regresando de nuevo a cubierta.

La escalera estaba siendo tendida. Los soldados se mostraban silenciosos y tristes incluso en el momento de regresar a su patria. Los llantos y gritos de algunas madres eran lo único que se oía en el silencio de los muelles.

Philippe descendió, acompañado de Nat Esclavier.

—¿No volveremos a vernos? —preguntó ella.

—No.

—¿Eso es todo lo que tiene que decirme?

—¡Oh, no! Tengo que decirle algo más: “Váyase al infierno, deliciosa muñeca, y quédese allí”.

La muchacha sintió que unas lágrimas pequeñas y frías

resbalaban por su rostro.

—¿Por qué se empeña en ser cruel? ¿Por qué quiere que todo el mundo le odie?

Philippe se encogió de hombros.

—Usted no está solo desalentado por sus heridas ni por la guerra —musitó Nat Esclavier—. Algo más le ocurre. Hay algo que hasta ahora no ha confesado a nadie. ¿Qué es?

—Nada.

—¿Qué le ocurre? ¿Por causa de quién ha estado varias veces al borde del suicidio?

Philippe Durand sonrió de una manera lejana e impersonal, mientras volvía a cargarse el saco al hombro.

—Por una mujer— susurró.

Y se alejó lentamente.

Pero supo que ella no le había creído.

* * *

Hacia la medianoche, después de dejar su saco de viaje en una pensión, Philippe Durand había recorrido ya todos los bares de la Cannebière y el *boulevard* Atenas, las dos calles más famosas de Marsella y estaba más borracho que una cuba, en un cabaret donde unas jóvenes mulatas se exhibían medio desnudas ante la mirada indiferente del público.

Había gastado ya dos meses de su paga y parecía dispuesto a gastarse todo lo que llevaba encima cuando lo encontró su amigo Eugenio Porcel, también teniente como él y también repatriado de Indochina y Argelia.

Eugene estaba sereno, pues había bebido apenas unas copas mientras esperaba la salida de un expreso hacia París.

Zarandeo al borracho.

—Philippe... Philippe...

—Vete al cuerno.

—No conseguirás nada aquí. ¿Qué pretendes? ¿Convertirte en un guiñapo?

Philippe le miró con ojos turbios.

—Yo no pretendo nada. Excepto que me dejen en paz. Vete al infierno.

—En el infierno ya estás tú, Philippe, de modo que no te

importará si me quedo a hacerte compañía.

—¡He dicho que te largues!

—Bueno, hombre. No pretendo importunarte. Termina de beber...

Philippe, animado por el espíritu colaborador de su compañero, que parecía dispuesto a no molestarle, terminó de beber el contenido de su botella.

Pero este último exceso, le hizo perder el conocimiento del todo, que era precisamente lo que esperaba Eugene Porcel.

Después de pagar el gasto, levantó a su amigo y se lo cargó sobre sus hombros, sacándolo del local en una posición muy poco militar, y rezando mentalmente para que no se tropezasen con una patrulla.

Eugene halló enseguida un taxi, cargó a su amigo y luego subió él, haciéndose conducir a la estación.

Cuando siete horas más tarde despertó Philippe, se encontró tendido en un asiento de un vagón, junto a una ventanilla a través de la cual se divisaban los tejados pizarrosos de París.

Se pasó una mano por la frente, creyendo estar soñando.

—¿Dónde diablos...? —gruñó.

Eugene Porcel, sonriente a su lado, dijo:

—No te preocupes, no has vuelto a Argel. Tomaste el tren en Marsella y ahora estamos llegando a París.

—¿Me empaquetaste tú?

—Sí.

—Debería romperte los dientes, maldito bastardo.

Eugene no se inmutó ante el insulto, porque durante la guerra él se había habituado también a decir salvajadas sin realmente sentir las.

—Tranquilízate. Vas a venir a casa de mis padres.

—¿Es qué tú también tienes miedo a que algún día me arroje al paso del “metro”?

—Tú no puedes estar solo, Philippe. Acabarías peor que mal. Sé que pasarías los tres meses de permiso en una continua borrachera, y además no has nacido para beber y haces el ridículo —Eugene sabía que a su amigo no le importaba la dureza de las palabras—. Vivirás en París conmigo y dentro de tres semanas serás un hombre nuevo.

Philippe no contestó.

El tren estaba entrando ya en agujas. Unos minutos más tarde descendían ambos en la estación de Austerlitz.

Eugene tomó un taxi y le dio una dirección de una calle en el popular barrio de Passy.

—Mis padres son pobres —advirtió—. Yo hice la carrera militar con muchos sacrificios y mi casa de París es de lo más modesto. Pero te sentirás bien.

La “casa de París”, como muchas otras de los barrios populares, era sórdida, no demasiado limpia y solo tenía dos departamentos de dos habitaciones. Como, además, la madre de Eugene, algo enferma, había traído a una sobrina para que le ayudase, resultó que era materialmente imposible alojar allí a Philippe Durand.

Este sonrió por primera vez al ver la alegría con que sus padres recibían a su amigo.

—No quiero causarles molestias. Me iré a un hotel —dijo—. Afortunadamente en Indochina y en Argelia pudimos ahorrar dinero.

Eugene acompañó a su amigo a un hotel de las cercanías. Hacía una mañana brumosa y gris, y jamás a Philippe le había parecido París tan sombrío y tan triste. Las personas iban presurosas a su trabajo, y nubes de automóviles rugientes invadían la calzada. Nadie parecía preocuparse de la guerra, y algunas personas observaban con disimulada expresión de burla el aspecto taciturno del oficial.

Encontraron una habitación en un hotel modesto, y Philippe se alojó allí. Al quedar solo se tumbó en la cama y estuvo durmiendo, con la sensación de que deliraba, durante todo el día. Por la noche se duchó y se cambió de ropa, vistiendo un traje de confección que llevaba en su saco, y salió a la calle encaminándose a Pigalle.

Estuvo allí bebiendo hasta las tres de la madrugada. Se hundió en “Narcissus”, “Les naturistes”, y varios establecimientos similares más. El champaña afluyó a su masa de bebedor solitario y como cada botella costaba cuatro mil francos, a las cuatro de la madrugada, con los locales ya vacíos, había gastado una pequeña fortuna.

Aturdido, fue caminando hasta la Place Blanche y allí tomó un taxi, dándole la dirección del hotel.

Al pagar la carrera apenas veía los billetes. Dio una generosa

propina y entró en el edificio. El conserje de noche dormitaba sobre su escritorio y ni siquiera le vio entrar. Solo despertó cuando Philippe manejaba torpemente la puerta del ascensor, intentando abrirla.

—Espere, yo le ayudaré.

—Gra... gracias.

—Oiga, y que lo que va a suceder esta noche que no suceda más, ¿eh? Yo también he sido combatiente y sé lo que es una primera noche en París, por lo que haré la vista gorda. Pero este es un hotel serio y le agradeceré que no lo olvide.

Philippe no sabía de qué le hablaban.

—Pero ¿qué dice...?

—Vamos, hombre, que todos nos afeitamos ya. Suba. Es peor hacerse el tonto. Suba y no la haga esperar.

Philippe se encogió de hombros y se dejó caer en el asiento del ascensor, mientras el conserje apretaba el botón correspondiente a su piso.

Descendió con trabajo y abrió la puerta.

Entonces comprendió el porqué de las palabras del conserje de noche. Lo vio todo claro.

Porque dentro de su habitación le aguardaba una mujer.

Pero una mujer desconocida.

* * *

Philippe cerró la puerta a su espalda y preguntó:

—¿Quién es usted?

La chica era alta, rubia y de armoniosas formas; no debía tener más de veinte años. Calzaba de medio tacón y llevaba una gabardina muy usada. Todo su aspecto era el de una estudiante pobre, aunque Philippe había olvidado ya cómo eran las estudiantes pobres de París.

En vista de que ella permanecía silenciosa, observándole, volvió a preguntar:

—¿Quién es usted?

—Soy Jacqueline Porcel.

—¿Quizá la hermana de Eugene?

—Sí.

Él se dejó caer en una de las sillas de la habitación, para que la

muchacha no viera que estaba borracho que no podía sostenerse en pie. Se llevó una mano a la frente.

—¿De modo que Eugene... —farfulló—, de modo que el bueno de Eugene tiene incluso una hermana? Nunca lo hubiese imaginado.

—¿Por qué?

—Verá... es difícil de explicar —Philippe no se atrevía a mirarla con sus ojos enturbiados por el alcohol—. Eugene, yo y otros pertenecíamos a los grupos llamados de suicidas, a los paracaidistas que ejecutaban misiones especiales detrás de las líneas enemigas... No quiero recordar aquello... pero solo sé decirle que los que formábamos parte de aquellos grupos no teníamos familia ni nada que perder. Por eso me sorprende lo de Eugene.

—¿No sabía que tenía padres?

—Sí, pero hablaba poco de ellos... Era como si hubiesen muerto... En fin, ¿qué hace usted aquí?

—Eugene me ha enviado.

—¿Para qué?

—Para que le saque a usted de este ambiente.

Phil miró claramente a la chica, sin importarle ahora que ella viese claramente su estado.

Era bonita, frágil y sencilla, una verdadera flor del Barrio Latino. Solo una cosa no encajaba en el conjunto, y eran sus ojos, sus ojos increíblemente duros.

—¿Va a sacarme de ese ambiente? —preguntó incrédulo—. ¿A las cuatro de la madrugada?

—Es una hora muy normal. Precisamente ahora he terminado de trabajar —explicó Jacqueline.

—¿Trabajar?

—Usted ha olvidado ya lo que es eso, ¿verdad? Lleva años y años dedicándose solo a matar, como si eso fuera lo más natural. No recuerda que hay gente que trabaja.

Él se puso una mano sobre los ojos.

—He matado y he sido muerto, Jacqueline... —dijo con cansancio—. Cada hombre caído ante mis balas ha dejado en mi piel una mancha de suciedad que no se borrará ya nunca. Todo yo soy suciedad, todo yo soy miseria... Lárguese de una condenada vez. Si la toco la mancho.

—Mi hermano es igual que usted y no me ha manchado. Quiero

hacer un esfuerzo para comprenderlos a los dos.

—Yo, en su lugar, no me molestaría. ¿Dónde ha dicho que trabaja?

—En los “Laboratorios Meurier”. Se dedican a aplicaciones pacíficas de la energía atómica.

—¿Y termina a las cuatro de la madrugada?

—Hago uno de los turnos de noche. Esos laboratorios trabajan veinticuatro horas.

—Y creí más bien que usted era una estudiante —dijo Philippe—. Tiene aspecto de eso.

—También estudio.

—¿Cómo?...

—No se asombre. Hago el turno de noche para tener la mañana libre. Por las mañanas, ¿sabe?, asisto a las clases de la Facultad de Medicina. Me faltan dos años para obtener el título.

Philippe gruñó con desencanto.

—Ah, ya...

—¿Por qué pone esa cara?

—Es que comprendo la situación. Se ha repetido cien veces desde que fui evacuado de un hospital de Indochina. Por todas partes médicos que me vigilan que están atentos para que yo no haga algo irremediable. Ahora, por fin, los médicos me habían dejado en paz, pero el bueno de Eugene piensa que hay que tener cuidado y me envía a su hermanita, que está a punto de licenciarse en Medicina. ¿Qué órdenes le ha dado y qué es lo que tiene que hacer conmigo?

—Ya se lo he dicho. Sacarle de aquí.

—¿Y adónde va a llevarme?

—Más allá de Rouen. A una casa de Normandía.

Philippe sintió deseos de reír. Su borrachera iba desapareciendo por momentos ante las palabras de la muchacha.

—¿Quiere decir a una... casa de campo...? ¿Una casa sin alcohol, sin mujeres y sin nada de eso...?

—Sí.

—¡Pues váyase al infierno!

Ella no se inmutó.

—Eugene me lo ha suplicado, señor Durand —dijo con voz firme—. Sabe que ha estado durmiendo todo el día y que desde el anocheecer no ha hecho otra cosa que empapurrarse de alcohol en

lugares donde no entraría ninguna persona decente. Usted ha estado meses y meses en un hospital y necesita otra clase de vida si quiere reponerse del todo. Por eso, porque es buen amigo suyo, Eugene quiere ayudarle.

—¿Por medio de usted?

—Sí.

—Es curioso. Hasta ahora, yo había creído que las mujeres solo servían para conquistarlas. Ahora me doy cuenta de que, además, tienen otras cualidades.

—¿Es usted siempre así de cínico, señor Durand?

—Solo con las chicas bonitas.

—¿Y no les inspira asco?

Philippe se dio cuenta de que los ojos de la muchacha eran duros, terriblemente duros e inhumanos. Eso y su borrachera le quitaron fuerzas para contestar.

—Le repito que se vaya al infierno —dijo solamente.

—¿Cuánto tiempo tiene de permiso?

—Tres meses, y como tengo ahora una mala ficha, transcurridos estos me mandarán a pudrirme en cualquier oficina militar del país. Esa es toda mi perspectiva.

—Tres meses... Es un largo permiso, señor Durand. ¿Y no puede gastar una semana en visitar Normandía? Dicen que el que está siete días sin probar el alcohol tiene grandes posibilidades de curarse. Si luego aquello no le gusta, puede volver a París a corromperse. No estará detenido ni mucho menos.

—¿Y qué haré yo en una casa de Normandía? ¿Es suya?

—No, claro que no.

—Entonces...

—Estuve de institutriz allí hasta la muerte del propietario. La actual dueña es muy amiga mía, y estará encantada de recibirnos cuando sepa de qué se trata.

—¿No le extrañará? ¿No recelará nada?

Ella le miró de una forma extraña.

—Aunque usted no sepa que existen, yo soy una mujer digna, señor Durand. Y la dueña de la casa no lo ignora.

A Philippe se le había pasado casi por completo la borrachera. El alcohol parecía haberse evaporado como el humo de un cigarrillo, pero le dolía horriblemente la cabeza.

—¿Sabe que es una curiosa aventura? —preguntó a Jacqueline.

—Yo solo sé que está usted enfermo y que no tiene a nadie. Eso es lo que me ha dicho Eugene.

—Y es lo cierto.

—Entonces...

—Aceptaría con mucho gusto su ayuda, pero hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Me extraña que no se lo haya dicho Eugene.

—Quizá él lo ignoraba. ¿De qué se trata?

Philippe se llevó otra vez una mano a la frente, como concentrando las ideas.

—Es cierto, quizá no se lo dije... —musitó—. Pero es un grave inconveniente. Necesito estar en París porque...

—¿Por qué?

Él la volvió a mirar a los ojos y murmuró:

—Porque me caso pasado mañana.

* * *

La muchacha pareció perder por unos instantes el dominio de sí misma.

—¿Qué dice?

—Creo haber hablado con la mayor claridad. Me caso en París pasado mañana.

—¿Y quién es la novia?

Philippe dijo vagamente:

—Borbier...

—¿Se refiere a... Odette Borbier... la millonaria?

—Creo que sí.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Una venta? ¿Sabe acaso cuántos años tiene Odette Borbier?

Philippe hizo un gesto vago con la mano derecha.

—¿Y qué importa eso? Más o menos unos cincuenta, pero está muy bien conservada. Practica la equitación diariamente, hace gimnasia y tiene una masajista. Si usted la viese, diría que tiene treinta tan solo. Y es tan rica... Se le pueden calcular con la mayor facilidad hasta los quince mil millones de francos, contando el metálico, las fábricas que le dejó su padre y los bloques de casas

que posee en París. Un bocado más que succulento. ¿No le parece?

Jacqueline tenía la boca abierta.

—La fortuna de la Borbier no es tan elevada como cree —susurró—. Pero, ¿cuántos años tiene usted, Philippe? ¿Quiere decírmelo?

—Veintisiete.

—¿Y piensa venderse a una mujer que podría ser su madre? ¿Qué clase de hombre es usted?

—Un hombre que no tiene fe en nada y que no sirve para nada. Un hombre, que no quiere que le envíen por caridad a pudrirse en una oficina militar de provincias. Solo soy eso. Ni un gramo de dignidad, ni un gramo de resignación. Soy un miserable cien por cien que ya no cree en los valores ideales de la vida. ¿Le satisface eso? ¿Se queda tranquila? ¿Sigue extrañándose que me venda a una mujer como Odette Borbier?

Philippe había hablado agresivamente, escupiendo las palabras, con una violencia que sin embargo no asustó a la muchacha.

—No le creo. Si ha estado hasta ahora en Indochina y en Argelia, ¿cómo pudo conocer a esa mujer podrida de millones? ¿Qué ocasión han tenido para hacerse novios?

—Ella hizo una visita a los hospitales de los heridos en acción de guerra. ¿Le extraña? Tiene acciones en algunas instalaciones petrolíferas del Sahara, y además, dos casas en Argel. Hablamos casualmente, nos hicimos amigos y luego me convertí en su huésped. Estuve tres meses viviendo en una de las mejores fincas de Argelia. Fue allí donde decidimos casarnos.

—Me imagino por qué —dijo ella entre los dientes apretados.

—No piense mal. Odette Borbier es una mujer honesta.

—Pero usted no lo es. Usted es de esos tipos que persiguen a las mujeres, por costumbre, porque creen que así son más hombres. En fin, es también uno de esos tipos a quienes ocurren cosas sin sentido. Si piensa casarse pasado mañana y emprender una nueva vida, ¿por qué ha llegado a pensar en el suicidio? Mi hermano me ha hablado de eso. Me ha dicho que le vigilaban estrechamente para impedir que hiciera una locura.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Casarme con Odette es una forma como otra de matarme a mí mismo.

—¿Es que no la ama... ni remotamente?

—Si me caso con ella, es porque sé que nunca me faltará dinero para emborracharme. Eso es todo.

Ella inclinó un poco la cabeza y sus ojos le miraron con desprecio.

—¿Es que no ha amado nunca? ¿Nunca?

La pregunta pareció quedar flotando por unos instantes en el aire quieto de la habitación. De pronto vio con sorpresa cómo se alteraban, cómo se tensaban furiosamente las facciones del hombre.

—¡Cállese! —gritó él—. ¡Cállese!

Jacqueline le miró asombrada, como si contemplase a un hombre nuevo y desconocido con el que nunca hubiera esperado encontrarse. Pareció asustada y retrocedió lentamente dos pasos. Su mano se posó sobre el pomo de la puerta.

—Le diré a mi hermano que va usted a casarse —susurró—, y que no necesita ninguna clase de ayuda.

—Espere.

Ella se detuvo cuando iba a hacer girar el pomo y sus grandes y bonitos ojos le miraron con sorpresa.

—¿Quiere que le haga subir una botella de coñac? —preguntó heladamente—. Supongo que es eso lo único que puede pedir. ¿Qué marca prefiere?

—No quiero decir eso.

—¿No? ¡Qué sorpresa!

Él la miró fijamente a los ojos y dijo:

—Voy a ir con usted.

Los ojos de la muchacha se entrecerraron un poco y le miraron recelosamente, como si no le creyera.

—¿Qué le dirá a Odette?

—No pienso decirle nada. Que piense lo que quiera y que se vaya al infierno.

—Supongo que ya habrán hecho algún preparativo para su boda. ¿No lo ha anunciado ella en los periódicos?

—No. La boda debía celebrarse en la intimidad. Supongo que los dos teníamos vergüenza.

—Yo también la hubiese tenido —dijo ella por entre sus dientes apretados—. Pero ¿por qué ha cambiado de opinión?

—Siempre puedo volver de esa casa de Normandía —dijo él tranquilamente—. Pero, en cambio, si me caso con Odette ya no

podré rectificar. ¿Qué espera? ¿Por qué no nos vamos?

Ella entreabrió la puerta.

—¿Su equipaje?

—Lo dejaré aquí. También dejo pagada la habitación por dos semanas. Seguramente volveré.

—No lo dudo. Volverá a París como un perro, atraído por el olor del alcohol y de las mujeres.

Philippe sonrió con indiferencia, como si las palabras no fueran dirigidas a él, como si hubiese otra persona en la habitación a quién en realidad hablase. Luego se encogió de hombros.

Salieron los dos juntos.

El conserje de noche abrió unos ojos como platos al verlos salir del ascensor.

—Pero ¿se marchan? —preguntó.

—Sí. Y voy a dejar pagada la habitación durante dos semanas. Seguro que volveré.

El conserje asintió.

Philippe depositó un arrugado fajo de billetes en el “comptoir”, y salió tras la muchacha.

Esta se encontraba ya al volante de un viejo “4-4”, cuya otra portezuela ya estaba abierta.

Instintivamente Philippe miró las rodillas de la muchacha, pero ella ya se las había cubierto con la gabardina.

La mujer puso suavemente el motor en marcha y arrancaron.

CAPÍTULO III

Normandía, que tiene las catedrales más hermosas de Francia, tiene también los prados más verdes y las mansiones más señoriales. Después de varios años en Argel y en África, a Philippe le parecía aquel un mundo recién descubierto.

El pequeño coche rodaba por las excelentes carreteras que conducen hasta Rouen. Allí hicieron un pequeño alto, y luego siguieron hasta Dieppe en la orilla del Canal.

Pero no llegaron hasta allí.

El coche se desvió por un camino vecinal, a la derecha, y dejó atrás una línea de prados maravillosamente verdes. Después bordeó un pequeño bosquecillo y le detuvo a unos cien metros de una casa.

Esta era una vieja mansión normanda, construida en piedra, cuyos relieves se habían ido volviendo negros a causa de la humedad y el peso de los años.

Causaban una impresión misteriosa pero al mismo tiempo maravillosamente distinguida. Era una de las casas más señoriales que Philippe había visto jamás.

Jacqueline descansó las manos sobre el volante.

—¿Te gusta?

—Es preciosa.

—Tiene doscientos años...

—Se nota... Pero supongo que dentro no habrá armaduras y todo eso.

—No, no... Está amueblada muy confortablemente. Vamos a acercarnos.

—Un momento. ¿Crees qué me admitirán ahí?

—La dueña es una gran amiga mía. Una muchacha encantadora, ya lo verás.

Philippe se encogió de hombros.

—Está bien; vamos.

El coche rodó por el parque, hasta detenerse ante las escaleras que daban entrada a la casa. Philippe se apeó y lo miró todo con

atención. ¡Era tan distinto de Indochina y de Argelia! Seguía pareciéndole cómo si acabara de descubrir un nuevo mundo, donde todos los detalles eran maravillosos. Vio que la puerta se abrió y un viejo criado con uniforme salió a su encuentro.

“No falta nada —pensó—. Ni siquiera un viejo lacayo...”

Jacqueline también se había acercado a él.

—Hola, Pierre.

—Hola, señorita. ¿Su equipaje?

—Llevo una sola maleta. En el coche.

—¿Y el señor?

Philippe se encogió de hombros.

—Nada, no llevo nada.

El criado fue a asir la maleta, pero Philippe no se lo consintió.

—Deje. La llevaré yo.

Penetraron en la casa. Como había dicho Jacqueline, estaba magníficamente amueblada, y además con gusto moderno, pero sin alterar el ambiente tradicional de la casa. En esta no se veía a nadie, a excepción del viejo criado.

—Le enseñaré su habitación.

Philippe se dejó conducir. Vio que Jacqueline se había alejado de él. Era como si ahora estuviese del todo solo. Le acometía una sensación extraña, desconocida, enervante.

¿Dónde estaría la dueña de la casa?

La vio al entrar en su habitación. Era una pieza grande, amplia, llena de luz. La mujer estaba tendida sobre el lecho.

Se había cruzado en él, sobre la colcha, y le miraba con los ojos entornados. Mostraba generosamente sus piernas hasta la mitad del muslo.

Philippe la miró con curiosidad.

No, no era una “vamp”.

Más bien parecía una estudiante, como Jacqueline, aunque con muchos más medios materiales a su alcance. Vestía una blusa camisera blanca, una falda negra, de lana gruesa, medias claras y zapatos también negros. Sus cabellos eran color castaño.

No se movió al verle.

Philippe cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella. El viejo criado no había ni llegado a entrar.

—¿Quién eres? —murmuró.

—Soy la dueña de esta casa. ¿Y tú?

—Me llamo Philippe. Tu amiga Jacqueline me ha traído aquí.

—Entonces sé bienvenido.

Él se sentó en una de las butacas, unió las manos a la altura de la boca y contempló con detalle a aquella mujer que no pensaba ocultarle nada, sino más bien al contrario; daba la sensación de que parecía mostrárselo todo a pequeñas dosis.

—Siempre recibes a las visitas así?

—No. Es que ahora estaba descansando.

—¿Te pasas la vida por las camas?

—No puedo estar en otro sitio. Y enseguida comprenderás por qué.

Le señaló una silla de paralítica que estaba medio oculta en un lado de la habitación, cerca de un armario.

Philippe parpadeó.

—¿Es tuya?

—Sí.

—Perdona. Yo no podía sospechar que...

—Cuando me ven en según qué posturas, nadie lo sospecha.

—¿Desde cuándo... estás así?

—Desde que tenía quince años y ahora tengo ya veintidós. ¿Me ayudas a sentarme?

Él la tomó en sus brazos y la levantó suavemente. El besarla le pareció tan natural, tan espontáneo, que no lo pensó, ni un solo segundo. Ella le abrazó lentamente, sabiamente, y correspondió a su beso.

Philippe la sentó suavemente en la silla.

—¿Cómo te llamas? —murmuró.

—Danielle.

—Ha sido encantador conocerte, Danielle.

—Creo que vamos a divertirnos mucho, Phil. Puedo llamarte Phil, ¿verdad?

—Claro que sí...

Ella apoyó las manos sobre los brazos de su silla, respirando con fatiga.

—Uno de estos brazos está flojo... Creo que va a romperse.

—Espera. Quizá sepa arreglarlo.

Phil acercó su cara al brazo de la silla, arrodillándose ante esta.

Danielle le miró fijamente, muy fijamente...

De pronto movió su dedo índice y oprimió un resorte casi invisible en aquel brazo de la silla. Del extremo de este brotó una pequeña aguja parecida a un estilete.

Phil no tuvo tiempo ni de retirarse. Lanzó un leve gemido cuando aquella aguja se clavó en su piel, un poco por debajo del párpado izquierdo. Llevó sus manos a la pequeña herida, intentando apartarse de allí, y sintió entonces que sus rodillas cedían. Cayó hacia atrás, sin gemir de nuevo, y quedó inmóvil en tierra, con las manos agarrotadas a la altura de sus ojos.

Danielle se puso en pie, apartó la silla de un rodillazo y luego miró al hombre.

Dijo una sola palabra:

—Lástima.

* * *

La furgoneta rodaba a poca velocidad en dirección a París, tras dejar a su espalda las agujas góticas de la catedral de Rouen. Un “tío” bigotudo, de más de cien quilos de peso, la conducía.

En los costados de la furgoneta había pintado un anuncio: “*Fromages Le Boq. Le vrai fromage de Normandie*”. Pero el interior correspondía muy poco a esta imagen tan pacífica.

Otro individuo, este delgado y calvo, pero en cuyos movimientos se adivinaba una sorprendente agilidad, se encontraba en el interior de la furgoneta. Vigilaba al hombre atado de pies y manos que descansaba a la fuerza en el suelo de esta.

Phil había recobrado el conocimiento poco antes, después de sufrir los efectos del pinchazo. La primera sensación que tuvo fue la de estar flotando en el aire. Luego, al abrir los ojos, notó que todo traqueteaba en torno suyo. Tardó en darse cuenta de que iba en una furgoneta, porque sus sentidos estaban embotados aún.

Vio entonces los ojos del hombre que le vigilaba. Eran unos ojos profundos, quietos, un poco fatalistas. Phil había vivido los suficientes años en África para saber que se trataba de un marroquí, posiblemente un habitante de la costa. Su acento se lo confirmó.

—¿Dónde estamos? —musitó cuando pudo hablar.

—Rodamos hacia París.

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Eso no te importa.

Phil movió la cabeza para mirar su propio cuerpo. No pudo hacerlo durante mucho rato porque estuvo a punto de ahogarse. Los nudos enlazaban sus tobillos y su cuello, de modo que cualquier cambio de postura podía hacer que se ahogara a sí mismo.

La furgoneta era vieja y traqueteaba mucho. Phil trató de reflexionar sobre su situación.

Necesitó escaso tiempo para darse cuenta de la gravedad de su situación. Aquello solo podía terminar de un modo, y cuando la furgoneta se detuvo comprendió que el temido momento acababa de llegar.

Parado el motor, se hizo un espectral silencio.

No se oía más que el susurro del viento en las ramas.

El gigante que conducía abrió la puerta posterior de la furgoneta e hizo una seña al marroquí. Este descendió también.

—¿Listos, Jacques?

—A punto.

Entre los dos tiraron de los pies de Phil y lo sacaron del vehículo, dejándolo tumbado en la carretera como un fardo. Unas luces rojas brillaban cerca de allí; debían ser las de una valla indicando obras.

Estaban en una carretera secundaria, silenciosa y tranquila. No era presumible que, a aquella hora, pasara muchos vehículos por allí. Y, si pasaban, lo harían a gran velocidad y sin fijarse en una furgoneta detenida junto a la valla.

Phil veía confusamente las siluetas de los dos desconocidos, de los que solo sabía que uno se llamaba Jacques. Con voz que intentaba ser tranquila, preguntó:

—¿Por qué estoy aquí?

—Pronto tendrás la respuesta, muchacho. Dicen que en el otro mundo se sabe todo.

—¿Cómo me sacasteis de la casa de Normandía?

—Te bajamos a los sótanos, lo cual fue sencillo, y allí te cargamos en la furgoneta. Hemos salido hace una tres horas.

—¿Por tanto, estamos cerca de París?...

—Hemos dado mucho rodeos. Estamos cerca y lejos.

Phil apretó los labios.

—¿Qué pinta Jacqueline en esto?

—Eres demasiado preguntón, para lo poco que vas a vivir.

Bueno, no perdamos más tiempo.

Lo tomaron uno por los pies y otro por el cuello, aun a riesgo de ahogarle, lo lanzaron por los aires.

Phil ahogó un gemido.

El dolor de su espalda había sido insufrible. Tuvo la sensación de qué se le había roto la columna vertebral.

Acababa de caer desde, al menos tres metros de altura. Estaba en el fondo de una zanja cuyas paredes de tierra parecían ir a derrumbarse de un momento a otro, derrumbándole. Por lo demás, allí imperaba una oscuridad casi absoluta.

Vio como lejanos fantasmas los cuerpos de sus dos enemigos, asomándose al borde de la zanja.

El llamado Jacques fue quien le explicó lo que tenían preparado para él.

—Vamos a echar encima tuyo unas cuantas paletadas de grava, después de acribillarte a balazos. Dentro de unas horas, los obreros acabarán de cubrir todo esto, y sobre tu hermoso cadáver pesará una gruesa capa de asfalto. Descansarás debajo de una carretera. Nunca más volverá a saberse de ti, muchacho. Y quién sabe si encima tuyo, en algún coche parado, una parejita se hará el amor.

Phil sabía que decían la verdad. Que nada podría evitar ya su muerte.

Pero preguntó aún:

—Aquí debe haber un vigilante. Él sabrá lo que ocurre.

Una nueva sombra apareció junto a las otras. Se inclinó levemente hacia adelante.

—¿Decías algo, amigo?

Phil cerró los ojos. Sabía que también el vigilante estaba de acuerdo con los dos esbirros.

Y fue el vigilante el que sacó una pistola provista de silenciador. Apuntó cuidadosamente.

—Adiós, hermano.

En aquel instante sonó la ráfaga.

Fue una ráfaga corta, instantánea, pero enloquecedora. Phil gritó al ver las tres siluetas contorsionarse sobre su cabeza. Se desplomaron sin exhalar un gemido, y los cuerpos quedaron colgados casi al borde de la fosa. Por el brazo de uno de los caídos. Jacques, se deslizaba la sangre poco a poco.

Se oyó ruido de pasos. Otras dos siluetas aparecieron en el borde de la fosa.

—¡Phil!

Él lanzó un gruñido.

—Estoy aquí, maldita sea...

—¿Te sientes bien?

—Por solo unos segundos no estoy convertido en un colador.

—Espera. Te ayudaremos a salir.

Una de los dos siluetas saltó. Con cuidado desató a Phil, que tenía los músculos entumecidos. Luego le ayudó a subir.

—Cuidado...

—Me parece que he estado atado a un poste diez años seguidos, maldita sea. No me responde ni un músculo...

—Pues date prisa. Tenemos que salir de aquí.

Cuando estuvo de nuevo en la superficie, Phil vio un coche con solo las luces de situación encendidas, detenido a corta distancia. El motor, al ralentí, runruneaba suavemente.

Uno de los dos hombres que le habían ayudado, desmontó la metralleta con gestos precisos y rápidos. El otro envió abajo, a puntapiés, a los tres cadáveres.

—¡Vamos!

Subieron al coche, dejando abandonada la furgoneta. Phil, al estar cerca, vio que se trataba de un “Simca Ariane”. Mientras se frotaba las muñecas uno de sus salvadores se puso al volante y arrancó a gran velocidad, desviándose inmediatamente.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Phil.

—Yo Roger.

—Yo Duc.

Ahora rodaban por una carretera principal en dirección a París. Los anuncios luminosos indicaban la distancia a la capital: solo 40 kilómetros.

—Celebro que me llevéis allí —susurró Phil.

—¿Por qué?

—Tengo el tiempo justo. He de comprarme un traje nuevo, cortarme el pelo, elegir dos anillos...

—¿Dos anillos? ¿Para qué? —preguntó Roger.

—¿Para qué ha de ser? Para casarme...

CAPÍTULO IV

El piso de Odette Borbier estaba en el mejor sitio del *boulevard* de los Italianos. Cerca de los lugares más escogidos del mundo para gastar dinero, para presumir de ser importante, para vivir la vida de verdad.

Odette Borbier siempre había habitado en aquel ambiente, y era muy conocida en los círculos elegantes de la capital. Lo mismo se la podía ver en una reunión literaria, que en una asamblea política, un desfile de modas o la inauguración de un cabaret.

Pese a ser una mujer ya mayor, conservaba vestigios de lo que había sido; una gran belleza. Hacía gimnasia, se daba masajes, frecuentaba las saunas y hacía que la vistiesen los mejores modistos. Todo ello hacía que resultara aún una novia muy apetecible.

En ese momento estaba contemplándose al espejo, admirando las líneas perfectas de su vestido, una creación de Balenciaga. Llevaba un sencillo collar de brillantes y una pulsera. Su elegancia era discreta, pero quizá por eso resultaba más resplandeciente.

Oprimió un timbre y al cabo de unos instantes se presentó en la habitación una doncella.

—Está preciosa, señorita...

—¿Qué hora es ya?

—Las cuatro.

Odette acarició un mechón de sus cabellos rubios teñidos aquella misma mañana.

—¿Ha telefonado Phil?

—Sí. Ha dicho que salía hacia la Alcaldía.

—Muy bien, Jenanine. Retírate, gracias.

—Como mande, señorita.

La puerta se cerró. Odette Borbier quedó sola otra vez, y sus labios dibujaron una leve mueca.

Se sentía impaciente.

Le parecía que, sin poder consultar su reloj, el tiempo pasaba más aprisa. Que era ya horriblemente tarde.

De pronto la puerta de la habitación se abrió sin que nadie hubiese llamado.

Una figura masculina se recortó en el umbral. Odette Borbier quedó como petrificada durante unos momentos.

—¡Tú! —balbució.

Phil avanzó hacia ella, tras cerrar la puerta a su espalda. Llevaba un elegante traje negro y en nada recordaba al pesimista soldado que llegó poco antes de Indochina y Argelia. La sonrisa que dibujaban sus labios era casi tierna.

—Quizá he sido incorrecto —musitó—. Dicen que trae mala suerte ver a la novia antes de la boda.

—¿Cómo has podido entrar aquí? ¿Cómo te ha dejado pasar mi doncella?

—No se ha atrevido a oponerse. He sido yo quien le ha pedido que no me anunciara.

Odette se acercó un paso a él, impulsivamente, mientras sus ojos de mujer experta abarcaban por entero la figura de aquel hombre casi un cuarto de siglo más joven que ella, un hombre que hubiera podido ser su hijo pero que ahora había llegado para convertirla en su mujer.

—¿Te sabe mal que haya venido? —musitó él.

—No, tonto...

—Estaba impaciente por verte.

—Yo también, Phil.

Le echó los brazos al cuello. Sus labios ansiosos, ya casi marchitos, pero bien cuidados, buscaron los labios del hombre.

—Phil... —susurró.

Él no llegó a besarla. Sus facciones, de repente, se habían vuelto rígidas. Introdujo la mano en uno de los bolsillos de su elegante americana y la movió allí sin que ella lo notase.

La mano apareció segundos después, armada con un largo y afilado estilete.

Odette también se había movido, también había acercado al cuello del hombre su pulsera de brillantes.

Uno de los engarces de oro que los unía tenía dos delgados y agudos pinchos. Solo sobresalían de entre los brillantes si estos eran frotados contra la cara de alguien.

Odette fue a apretar con ellos la mejilla de Phil. Sonrió mientras

los acercaba más y más.

—¿No quieres besarme?...

—Claro, muñeca...

Phil apartó la cara justo en el instante en que las dos pequeñas agujas iban a clavarse en su mejilla. Odette Borbier lanzó un ronco gruñido, mientras intentaba alcanzarle aún.

Desde un paso de distancia, con el estilete en la mano, Phil la miró como si no la hubiese visto jamás hasta entonces.

Vestida de novia y, sin embargo, preparada para matar. Ataviada como para dar la felicidad... y en realidad dispuesta a repartir la muerte.

Lanzó el estilete por los aires para que ella lo recogiera.

—Con esto lo harás mejor —susurró.

Odette, con una maestría que nadie hubiera sospechado en una mujer de su clase, asió el estilete por el mango. Lo apretó frenéticamente, mientras se lanzaba hacia Phil.

Este no hizo el menor movimiento. No parpadeó siquiera.

Se mantuvo quieto, esperando el ataque, sin que la proximidad de la hoja de acero pareciese importarle lo más mínimo.

De pronto Odette Borbier se detuvo.

Sus facciones habían cambiado. Sus ojos se volvieron turbios de repente. Era como si una mano negra, hubiera pasado por su rostro, que de pronto habíase transformado en el de una mujer muerta.

Lanzó un sordo gemido, se tambaleó e hizo un sobrehumano esfuerzo por ponerse en pie.

Una mueca de agonía, de sufrimiento, se dibujaba en su rostro.

¡Y sin embargo, no la había tocado nadie!

De pronto hundió la cabeza y cayó de bruces cuán larga era, tras exhalar un último y débil gemido.

Allí quedó sobre la alfombra, espantosamente quieta, con la boca abierta y las facciones crispadas.

Vestida de novia.

Phil pasó suavemente por encima del cadáver, se puso guantes y le alzó la cabeza. La expresión de los ojos le indicó claramente que todo había terminado. Retiró entonces el estilete, suavemente, de entre los dedos que lo sujetaban.

Dos agujas habían brotado de los costados de la empuñadura, al ser esta apretada. El veneno de que estaban impregnadas era tan

activo que su solo roce podía acabar con un ser humano. Una técnica semejante a la de la moneda que en Hanoi había usado Cluzot.

Phil había tenido buen cuidado de sujetar la empuñadura muy débilmente, para no hacer funcionar el resorte que movía las agujas. Odette, en cambio, lo había apretado con frenesí, con todas sus fuerzas.

Guardó el estilete.

Las dos mortales agujas desaparecieron tan suavemente como habían aparecido. Phil se puso en pie.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la doncella que antes habló con Odette Borbier.

Ni siquiera parpadeó al ver el cadáver. Alzó luego los ojos, miró a Phil y se dibujó en sus labios la sombra de una sonrisa.

—¿Todo perfecto? —susurró.

—Sí, muñeca.

—Habrá que explicar a la policía que ha muerto de accidente, al manejar descuidadamente su propia arma. Ya me ocuparé yo de que se fijen en esa pulsera. ¿Coincidirán las marcas de las agujas con las que ella tiene en la piel?

—Al milímetro —dijo Phil—. La misma persona que fabricó un arma ha fabricado la otra.

—¿Cuándo darás el aviso?

—Dentro de cinco minutos. Diré que me he encontrado con la sorpresa. ¿Por dónde vas a salir tú?

—Por la escalera de servicio que parte de los desvanes. Nadie me ha visto y nadie me verá.

—Seguramente la policía te avisará dentro de muy poco. Te llamarán para decirte que ya no tienes novia.

—Eso quiere decir que debo darme prisa en volver a casa. Oye, Lily...

—¿Qué?

—Tienes unas bonitas piernas...

Ella se sentó descuidadamente en una de las butacas.

—¿Te gustan?

—Me gustaría verlas en privado algún día.

La mujer sonrió.

—Aquí no hay testigos... Bueno, supongo que a Odette Borbier no

le importaría.

Phil dirigió una leve ojeada a su reloj.

—Lástima —dijo—, es una verdadera lástima que tengas que avisar a la policía.

Abrió la puerta para salir. La mujer hizo un guiño.

—Eres bastante tonto —musitó—. ¿Es qué va a ocurrir algo porque tardemos cinco minutos?

Pero ya Phil había salido, y ya sus pasos resonaban quedamente en los lujosos salones del apartamento.

CAPÍTULO V

El comisario Javert depositó sobre la mesa la pila de fotografías. Encendió un cigarrillo y lanzó un suspiro de hastío que podía significar muchas cosas, pero que evidentemente no reflejaba satisfacción ni mucho menos. Diríase, por el contrario, que Javert hacía lo posible para no estallar en un ataque de nervios.

El hombre que estaba al otro lado de la mesa, recogió aquellas fotos.

Era un hombre alto, delgado, de edad indefinible y de también indefinible nacionalidad.

Esa clase de hombres que suelen encontrarse en el mundo del espionaje, en el de las policías internacionales y a veces en el de las altas finanzas y la alta banca donde el espionaje, y la política juegan también un papel primordial.

Javert susurró:

—Aquí lo tiene todo, señor Keller.

—Gracias. Ha sido un servicio rápido.

—Usted lo ordenó así.

—Muy bien. Y ahora, si me lo permite...

Aquellas palabras equivalían a una despedida, pero él comisario Javert no se volvió.

Siguió sentado allí, mirando el lujoso salón artesonado, los solemnes cortinajes, los muebles estilo Imperio y las soberbias alfombras. Todo el majestuoso, pasado de Francia se reflejaba en aquel salón del Quai d'Orsay, reliquia de tiempos mejores que se negaban a morir.

Keller alzó una ceja, sorprendido ante la inmovilidad del otro, pero al fin desvió la mirada y la concentró en las fotografías que tenía delante de los ojos.

Odette Borbier muerta y enfocada de frente; Odette Borbier muerta y enfocada de perfil; Odette Borbier vestida en la camilla que la llevaba a la Morgue; Odette Borbier desnuda sobre la fatídica mesa de la sala de autopsias...

Keller volvió a arquear una ceja.

—¿Qué son esas otras fotos?

Las “otras fotos” mostraban unos cadáveres acribillados a balazos en el fondo de una zanja.

—Luego se lo explicaré, señor Keller.

—¿Cuál es su opinión personal sobre esto, comisario Javert?

Javert, un auténtico profesional, siguió dominándose para no dejarse llevar por la tensión de sus nervios...

—Lo de la Borbier no ha sido un suicidio.

—¿No?

—Teóricamente no tenía el menor motivo para hacer una tontería así. Era rica, gozaba de consideraciones, tenía salud y no había entrado aún en la curva de la vejez. Si además tenemos en cuenta que iba a casarse, la idea del suicidio me parece imbécil.

—¿Y un accidente?

Javert señaló una de las fotos, en la que se veía ampliado a gran tamaño el brazalete que servía para camuflar dos agujas envenenadas.

—Es una ingeniosa arma —susurró—. Se la clavan en la mejilla a un fulano y él tiene la sensación de que le han rozado, por descuido, con la arista demasiado aguda de una piedra preciosa. Pero cinco minutos más tarde está penetrando al galope en el Valle de Josafat. Ignoro las razones por las cuales Odette Borbier llevaba esto.

Keller no hizo ningún comentario.

Separó la foto a un lado.

—¿No pudo haber cometido un descuido? —susurró al fin.

—No. Para que las agujas envenenadas sobresalgan, es necesario apretar con fuerza. Esa arma es técnicamente perfecta. Resulta mortal y, sin embargo, una persona puede llevarla cien años, ignorando lo que contiene, sin sufrir el menor percance. Solo un joyero, en el caso de repararla, lo notaría.

—Entonces, ¿cuál es su opinión, comisario Javert?

—A Odette Borbier la han asesinado.

—¿Con esto?

Keller señalaba la foto del brazalete.

—Con esto, o con algo parecido, es igual. El caso es que la han asesinado. Y tengo ya mis propias ideas sobre el caso, señor Keller.

—¿Sí?

El veterano policía no capto el tonillo irónico de la voz de Keller.

—Sí —afirmó rotundamente—. Vea estos otros cadáveres acribillados en el fondo de una fosa. Han sido hallados en una carretera secundaria que estaba siendo reparada, a unos cincuenta quilómetros de París. Por poco los cubren con gravilla y asfalto y desaparecen para siempre; casi ha sido casualidad el encontrarlos, porque estaban cubiertos de tierra. Fíjese en sus caras porque quizá los conozca.

Keller los examinó atentamente algunos segundos. Luego volvió la cabeza, mientras sonreía.

—No —dijo—; no los conozco.

—Bueno, pues yo sí —los gestos de Javert se habían vuelto agresivos—. Son escoria, son basura, son mandanga de la que uno arroja al vertedero. Ninguno de ellos merecía vivir ni diez minutos más, a pesar de lo cual reunían dinero, buenos coches y buenas amiguitas. Buitres que se dedicaban a lo que salía, desde el tráfico de drogas a la trata de blancas y naturalmente, al espionaje. No al espionaje de altura, porque no tenían inteligencia para eso, pero en cambio constituían un temible grupo de acción. Eran, sencillamente, unos asesinos pagados. ¿Qué hacían en Francia, señor Keller?

—Eso usted lo sabrá.

—O usted, señor Keller. Usted, que es el enlace de la policía en el ministerio de Asuntos Exteriores.

Keller volvió a sonreír de una manera indescifrable.

—Le repito que no los había visto en mi vida.

—Bueno... —Javert pareció resignarse, pero de pronto volvió al ataque—. Yo creo saber quién los mató. Se trata de un tipo llamado Philippe Durand, repatriado de Argelia. Un oficial distinguido, pero cuya verdadera misión en el ejército todo el mundo desconoce. He sabido que estuvo en una finca de Normandía. He sabido también que fue visto mientras salía en un “Simca Ariane”, con otros dos individuos, de la carretera en la que más tarde aparecieron los cadáveres. También era el individuo que iba a casarse con Odette Borbier. Conmovedor, ¿no? ¡Demasiadas casualidades, infiernos! ¡Demasiadas para creer todo eso!

Keller escuchó la perorata del otro sin inmutarse. Más que nunca

parecía ahora un individuo sin edad ni nacionalidad definidas. Luego arqueó suavemente los labios para preguntar:

—¿Sospecha dónde puede estar ahora Philippe Durand?

—No podrá salir del hotel donde se hospeda. Mis hombres lo vigilan.

—Muy bien... Celebro que haya tomado tantas precauciones. Eso es todo, señor Javert.

El comisario enrojeció.

—¿Puedo preguntarle por qué ha reclamado el asunto? ¿Por qué no lo investigamos nosotros como un caso más?

—La muerte de Odette Borbier interesa al ministerio de Asuntos Exteriores, al cual, yo estoy agregado.

—De modo que un sucio asunto de espionaje... —masculló Javert —. Debí haberlo sospechado.

—Guárdese sus opiniones. Será mejor.

Javert calló no tenía otro remedio. Su interlocutor era jefe superior de la policía francesa, mientras que él no pasaba de simple comisario. Keller había ascendido por caminos desconocidos, había vivido casi siempre en el extranjero, y apenas nadie le conocía en París. Nadie... excepto en el *Deuxième Bureau*, o sede del espionaje y contraespionaje, desde donde se regulaban todos los secretos de la política exterior francesa.

De mala gana, Javert se puso en pie.

—Dejo el asunto en sus manos, señor Keller. Recibiré los interrogatorios y el atestado policial por conducto reglamentario.

—De acuerdo. Lo quiero cuanto antes.

—¿Qué deberé decirle al juez? Él me pedirá noticias sobre la marcha del asunto.

—Ya nos entenderemos con él. Usted olvídelo.

Javert hizo una mueca. Dio media vuelta y salió sin ni siquiera despedirse, dejando atrás las mullidas alfombras, los muebles estilo Imperio y el ambiente de señorío y riqueza que envolvía aquel despacho del Quai d'Orsay.

Keller, al quedar solo, se puso en pie y movió un pequeño resorte que había en la pared, tras su mesa.

Una pequeña puertecilla se abrió lenta y silenciosamente, dejando ver un hueco oscuro.

Aquellas puertecillas servían, en los viejos palacios de los

Borbones, para que los ministros se escabulleran discretamente, para huir en caso de peligro e incluso para cuando hacían las visitas a las cortesanas de la época sin llamar demasiado la atención. Ahora esas salidas secretas servían para algo más complicado: para ocultar a hombres a los que buscaba la policía judicial.

Phil apareció en el umbral de la puerta secreta.

—Hola, señor Keller.

—Hola, amigo Durand. El comisario Javert acababa de marcharse, ¿sabe? Está furioso porque yo he reclamado el asunto.

—Lo comprendo. Desde su punto de vista, eso es una auténtica herejía —dijo Phil—. Él es un hombre chapado a la antigua y evidentemente honrado. Nunca acabará de comprender lo de las “policías paralelas”.^{1}

Keller susurró:

—No, nunca. Pero es que hay gente que no se da cuenta de que la vida es ahora mucho más complicada que antes. Gente que no evoluciona.

Se volvió hacia Phil.

—¿Cómo ha logrado usted salir? Javert dice que tiene vigilado su hotel.

—Pura casualidad. Uno de los clientes se puso enfermo y hubo de ser sacado en camilla por la puerta de servicio. Yo me disfracé como un ayudante sanitario más, empleando simplemente las ropas de un cocinero. Sabiendo aprovechar la ocasión aquello era sencillo.

Keller se sentó tras la mesa indicó a Phil que tomara asiento en el mismo sillón que antes había ocupado Javert. Phil respiró aquel aire de vieja nobleza, de palacio consagrado por varios siglos de riqueza; captó aquel ambiente tan distinto de los sórdidos lugares en que se había movido hasta ahora.

—Supongo que usted quería darme instrucciones, Keller —musitó.

—Quería explicarle algo que quizá no ha entendido hasta ahora.

—Si he de decirle la verdad, he entendido muy pocas cosas.

—Ante todo, vea esto —dijo Keller.

Eran fotos procedentes de la lejana Hanoi, una ciudad que poco tiempo antes había sido francesa. Se veía en una de ellas a hombres y mujeres muertos, con horrible expresión de asfixia en sus rostros. En otra, a hombres con sus pechos horriblemente ensangrentados,

como si junto a ellos hubiese explotado una pequeña bomba.

Phil miró aquellas fotos. Luego las dejó de nuevo sobre la mesa, sin que se alterara la expresión de su rostro.

—¿Quién?... —preguntó simplemente.

—Cluzot.

—No me suena.

—Cluzot no pertenece a nuestro servicio. No está a sueldo de ningún organismo francés. Es un “colaborador libre”.

—A ver, explíquese.

—Durante la guerra de Indochina, nosotros teníamos un magnífico servicio de espionaje montado en las principales ciudades de lo que ahora es Vietnam. Un servicio que funcionaba casi siempre bien. Sus miembros hubieran sido repatriados después de los acuerdos de Ginebra⁽²⁾, pero nos encontramos con la sorpresa de que no quisieron. Es decir, no dieron una negativa porque eso no podían hacerlo. Se hicieron los remolones.

—¿Por qué?

—Les gustaba Oriente; les gustaba aquella vida. Suponía que los servicios de espionaje franceses continuarían igualmente en el nuevo Vietnam, y que ellos podrían permanecer allí. Esperaban confirmación oficial, y mientras tanto seguían en Hanoi. Entonces supimos que algunos de ellos habían recibido ofertas secretas para trabajar a favor del más poderoso y del más peligroso vecino de Vietnam.

—¿China roja?

—Exactamente. Pekín podía aprovecharse de nuestro servicio de espionaje en el sudeste asiático y comprarlo en bloque por unas monedas. Durante algunos días, en el *Deuxième Bureau* no supieron qué hacer. Entonces apareció Cluzot.

—¿Quién es?

—En términos puramente humanos diría que es un hijo de zorra. Ha trabajado para todo el mundo y a todo el mundo ha hecho traición; sirvió a los japoneses primero, luego a los rusos y por fin a los chinos. En cada uno de los casos salvó el cuello por milagro, después de haberse vendido a quién le pagó mejor. Está dispuesto a que la diabólica situación mundial que hoy vivimos le haga rico. Es una especie de genio del mal.

Phil apretó los labios.

—Siga —pidió.

—Él quiso demostrarnos que conocía perfectamente nuestra red de espionaje y que podía destruir a sus miembros en una sola noche. Es decir, que era más listo que todos ellos y que su colaboración nos resultaba indispensable.

Hizo una breve pausa antes de seguir:

—Naturalmente, no le autorizamos a hacer eso. Sin embargo, he de reconocer que tampoco pusimos obstáculos a su tarea; es decir, no advertimos a nuestros hombres ni los protegimos de ningún modo. En cierto sentido creímos que lo de Cluzot, era una simple bravata. Tenía tanto interés en entrar al servicio de otra potencia que le pagara bien, que cualquier procedimiento le parecía bueno. Mientras tanto, él falsificó documentos y se presentó a nuestros hombres como delegado del gobierno francés. Puso en movimiento una hábil red de informaciones falsas. Por medio de nuestro representante militar en Thailandia, que colaboró estúpidamente con él, se ganó la confianza de los espías, que esperaban de un momento a otro una tentadora oferta por nuestra parte. Y en una noche los liquidó... Acabó con ellos del modo que muestran las fotos. Estremecedor, ¿verdad?

Phil asintió débilmente.

—Estremecedor —dijo con un soplo de voz.

—Muy bien; Cluzot nos ha demostrado que es más listo que cualquiera de nosotros.

—¿Y qué?

—Quiere entrar a nuestro servicio, pero nos resistimos a contratar un asesino de su especie.

Phil apretó los labios.

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —susurró.

—Quizá haya deducido de todo lo que llevo hablado —musitó Keller—, que Cluzot es un auténtico genio del mal. Que conoce muy bien todos nuestros servicios. Y que sabe, por tanto, demasiadas cosas.

—Comprendo —susurró Phil con un hilo de voz—. Eso quiere decir que hay que contratarlo... o matarlo.

—... O matarlo —repitió Keller como un eco.

Los dos hombres miraron hacia la ventana, hacia las paredes ricamente tapizadas, hacia los muebles. Todo aquello había sido

instalado en la época del Rey Sol, la época de Luis XIV, cuando la política no tenía secretos tan miserables como ahora. Cuando las relaciones entre países poderosos no eran aún una larga cadena de mentiras inconfesables.

El silencio se hizo pesado. Era imposible saber lo que pensaba Keller, pero Phil pensaba en otros tiempos, en otras épocas más hermosas.

Con un soplo de voz preguntó:

—¿Debo ser yo quien acabe con él?

—Si él no acaba antes con usted.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué cree que lo repatriamos de Argelia como un oficial vulgar? ¿Por qué piensa que le ordenamos que se mostrara pesimista y al borde del suicidio? ¿Por qué debía aparecer a los ojos de todos como un hombre insignificante y derrotado?

—¿Es que tenían decidido ya que yo debía matar a Cluzot?

—Exacto. Solo usted puede hacerlo.

—¿Y por qué ha dicho que él puede acabar antes conmigo?

—Porque lo ha intentado ya. Usted está vivo un poco por milagro, señor Durand. ¿Por qué se fio de una muchacha llamada Jacqueline?

Phil sentía la garganta seca desde un rato antes, pero ahora tuvo la sensación de que su lengua era un auténtico papel de fija.

—¿Es que ella...? —comenzó a preguntar.

—Ella es hija de Cluzot. Y la tarea que realiza en unos laboratorios, a horas nocturnas, forma parte también de la tarea de espionaje de este.

—Pero si ella es hermana de...

—Hermanastra. No le han explicado eso, ¿verdad? Sus padres la recogieron de niña y la adoptaron. Poca gente sabe eso. Pero con el tiempo apareció Cluzot y pudo demostrarle, sin lugar a dudas, que era su padre. Le demostró también otra cosa: Que había estudiado en la Academia Militar francesa, que era uno de los jefes de nuestro servicio de espionaje en Indochina, y que tenía una graduación militar en nuestro ejército. Ella cree que su padre es un gran hombre. Ignora todo lo malo de él, y solo sabe lo bueno. Las tareas que realiza cree realizarlas por el bien de Francia.

Phil sintió que se tensaban los músculos de su cuello.

—¿Es verdad todo eso? ¿Estudió en la Escuela Militar?

—Sí. Bastantes vietnamitas lo hacían antes de la guerra.

—¿Y es oficial?

—Lo fue. Lleva ya bastante años degradado.

—¿Y jefe de una de nuestras secciones de espionaje?

—He olvidado decirle que Cluzot trabajó ya para nosotros —dijo Keller—, y que fue expulsado. Ahora, en realidad, trataba de reingresar, pero con un cargo de mucha más categoría. No tiene escrúpulos, y sabe que nosotros tampoco podemos tenerlos. Si él nos conviene, lo pagaremos bien. Si no... será eliminado.

—Y han decidido eliminarlo...

—Él sabía que de esa tarea se encargaría usted —dijo lentamente Keller—. Aparentemente un oficial desmoralizado, pero en realidad, uno de los hombres más eficaces del *Deuxième Bureau*. Lo supo desde el momento en que lo repatriamos. Entonces resolvió eliminarle y demostrarnos, de pasada, que seguía siendo más listo que cualquiera de nuestros hombres y que nada podríamos contra él.

—De modo que lo de Normandía fue una trampa...

—En la que usted había caído ya —acusó Keller—. Menos mal que estuvimos atentos.

El volvió a apretar los labios.

—¿Qué ha sido de Jacqueline?

—No hemos tomado ninguna medida contra ella. Ese es asunto suyo. La dejamos a su cargo... como dejamos a Odette Borbier.

Keller hizo una pequeña pausa y prosiguió, en vista del pertinaz silencio de Phil:

—Quizá le extrañaron las órdenes recibidas con respecto a esa mujer... ¿Le repugnó pensar que tenía que eliminarla?

—Sí.

—Sin embargo, ella estaba preparada para eliminarle también a usted.

—Era distinto.

—¿Distinto simplemente porque usted es un hombre y ella una mujer? ¡Qué tonterías, amigo Durand! Si sigue pensando así, me va a hacer creer que no nos sirve... En nuestro trabajo, la separación de sexos no existe. Los seres humanos solo están divididos en elementos deseables y elementos indeseables. Lo mismo da eliminar

a una mujer bonita que a un viejo lleno de llagas. Odette Borbier era la corresponsal de Cluzot en París. Ella tenía fortuna personal, pero sus gastos le exigían más y más. Le gustaba vivir como una millonaria. Eso la hizo caer fácilmente en las redes del espionaje, en servicios pequeños primero y cada vez más importantes luego. No la quisimos a nuestro servicio y jugó entonces definitivamente la carta Cluzot. Cuando hablaron de boda —tras un tiempo de conocerse por otras causas—, Odette ya había recibido orden de matarle, y usted, paradójicamente, había recibido orden de matar a Odette. Muy bien; su trabajo ha concluido. Ella está bien muerta. ¿Quiere ver sus fotos?

—No.

—¿Qué le pasa, señor Durand?

—Le parecerá extraño, pero mi papel de oficial desmoralizado y al borde del suicidio fue menos falso de lo que parecía.

—¿Qué tonterías dice?

—Todo esto me asquea, Keller. Yo soy solamente un oficial; no sé en qué maldita hora empecé a meterme en esto.

—Le elegimos por sus cualidades sobresalientes —le dijo Keller—. Y le advertimos que no podía negarse.

—Pero es que esto... esto funciona con independencia de los deseos del gobierno. No figuramos en ninguna nómina oficial. No se nos reconoce. Somos, simplemente, los hombres que matan y mueren en secreto. Nos está prohibido incluso tener honor.

—Ningún espía puede permitirse ese lujo. ¿Por qué no investiga cómo trabajaba el C.I.A.? ¿Y el espionaje ruso?

—Pero...

—Hubo cierta vez un rey francés —susurró Keller—, que hubo de faltar a su palabra y pagar asesinos para eliminar a un peligroso rival. Dijo entonces una célebre frase. Dijo “que engañar y asesinar era cosa de gitanos... y de reyes”. Todos los gobiernos necesitan de hombres como usted, o como yo, Phil. Puede que ello no nos guste, pero somos indispensables, para la seguridad del país. Y para que hombres más honrados que nosotros puedan gobernar con prudencia.

Philippe Bernier desvió la mirada. “Hombres más honrados que nosotros”... La frase parecía repiquetear en sus oídos, parecía herirle en el fondo del cerebro. ¿A eso había llegado, después de jurar

fidelidad a una bandera? ¿Es que la defensa de su patria... era eso?

Keller dio una palmada sobre la mesa, como pagando carpetazo al asunto.

—Tiene usted plena autonomía —dijo—. Le interesa acabar cuantos antes con Cluzot, que ahora está ya en Francia, y con su hija. No deje huellas, pero si las deja, nosotros trataremos de arreglarlo. Ah, otra cosa...

—¿Qué?

—Tenga cuidado con el comisario Javert. Es un hombre honrado, un auténtico funcionario a los que el país condecora cuando se jubila, pero que en el fondo, no sirven para gran cosa. Cree que su obligación es capturarle a usted, Durand, y le seguirá como un lobo. Javert es una empedernido jugador de ajedrez, un tipo a quién le gusta hablar con los amigos, leer los periódicos, visitar a los niños enfermos para llevarles regalos y pellizcar el pompis a las criadas. En fin, un hombre que ama la vida y la verdad... Esos tipos son peligrosos, Durand.

Phil cerró un momento los ojos.

... “Un hombre que ama la vida y la verdad”... ¿Y a un tipo así lo llamaban peligroso? ¿Un hombre como Javert debía ser su enemigo?

Se puso en pie. Vaciló un momento, como si estuviera borracho.

—¿Qué le pasa? —repitió Keller.

—Nada... Le ruego que me perdone.

—Todo lo que acabamos de hablar es absolutamente secreto —dijo Keller—. Y ahora, por favor, márchese y actúe como mejor le plazca, pero con absoluta prudencia... y con mucha rapidez.

Phil se dirigió a la puerta. Dijo simplemente:

—Sí, señor.

—Ah, otra cosa.

—Diga, señor.

Keller extrajo una pistola del cajón central de su mesa.

—Tome esto.

—Ya voy armado —susurró Phil.

—Esta pistola es distinta. No es para que dispare con ella, sino para que se la deje arrebatar y permita que le asesinen.

—¿Qué está diciendo? —susurró Phil.

—Muy sencillo; está provista de un mecanismo especial que

invierte el tiro. Sencillamente, dispara por la culata.

Phil la tomó y la examinó lentamente. Sintió como si el metal quemase en sus dedos cuando la introdujo en su funda axilar.

CAPÍTULO VI

Encontrar a un tipo como Cluzot, “en cualquier lugar de Francia”. Dar con él y eliminarlo. ¿Cómo podría conseguir eso un hombre solo, como Philippe Durand, sin más datos que los qué le había proporcionado Keller?

Ni siquiera le había dicho dónde sospechaban estaba Cluzot. Parecía dar por descontado que él lo averiguaría.

Phil, que había salido por una escalera de servicio que llevaba directamente a las oficinas diplomáticas del “Quai d’Orsay”, se encontró de pronto en medio del tráfico de París haciéndose esa pregunta: ¿Por dónde empezar?

De todos modos, tenía un punto de partida.

La finca de Normandía donde había sido apresado por la hija de Cluzot, podía proporcionarle pistas muy importantes. De modo que decidió dirigirse allí sin pérdida de tiempo.

Pero ¿cómo?

No podía hacerlo por avión, porque no había aeropuerto en aquella zona. Tampoco podía hacerlo por tren, ya que Javert haría vigilar las estaciones. Ni en coche, debido a que todos los motoristas que patrullara las carreteras tendrían ya su descripción.

Resolvió entonces, llegar hasta allí, por un procedimiento muy sencillo y que Javert, no debía haber tenido en cuenta: por vía fluvial. El Sena, que es perfectamente navegable para embarcaciones de poco calado que desemboca cerca de El Havre, está unido, por medio de una amplia red de canales y esclusas, a una serie de puertos del Mar del Norte y a esa gran arteria centroeuropea que es el Rhin. Prácticamente se puede correr todo Europa a través de sus grandes ríos, si se emplean embarcaciones de poco calado. De modo que Phil alquiló una pequeña lancha motora y fue en ella hasta El Havre. Desde allí, y gracias a los servicios de un pescador, se dirigió por mar a Dieppe. Desde Dieppe hasta la casa de Normandía donde le apresaron, había pocos kilómetros por una serie de carreteras secundarias que no ofrecían ningún peligro

para él.

Así fue como solo tres días más tarde, Philippe Durand se presentó de nuevo en aquel lugar sin que Javert, embebido en sus problemas de ajedrez, sospechara ni remotamente la ruta que había seguido.

* * *

La casa tenía un aspecto silencioso y hosco. No se veía ninguna luz en las ventanas ni en el parque que la rodeaba. Parecía una mansión abandonada desde un par de siglos atrás.

Phil se arrastró sigilosamente por los espacios descubiertos, avanzando a cortos saltos cuando llegaba a una zona de arbustos o de árboles. Seguía exactamente la misma táctica que había practicado en los comandos durante dos guerras.

Pronto llegó ante las escaleras principales de la casa. Más allá ya solo estaba la solemne puerta que daba entrada a la misma.

No se advertía ningún signo de vida en ella, pero Phil no se confió. Podían estar preparados por si él regresaba.

Pegado a los peldaños de piedra, convertido en una sombra más, escuchó atentamente.

Ni un sonido. Ni el simple susurro de una hoja al ser arrastrada por el viento.

Aguardó durante largos minutos, porque sabía que la paciencia es una virtud que ningún espía puede desdeñar. Hay que dar tiempo al tiempo cuando hace falta. Un agente del C.I.A. definía así su oficio: “Cinco minutos de acción y un océano de aburrimiento”.

Hay que saber “aburrirse” cuando hace falta. Si uno se precipitaba, lo más fácil es que se le termine enseguida la acción.

Pero al cabo de media hora de estar atento, llegó a la conclusión de que no había nadie en la casa. Y llegó también a otra conclusión tan interesante como la primera: Aquello nunca había pertenecido a la amiga de Jacqueline, a Danielle, la falsa paralítica. Simplemente, se apoderaron por unas horas de la casa mientras sus dueños estaban fuera. Convirtieron aquello en una especie de cuartel general de lujo solo para que él, se confiase y poder cazarlo tranquilamente.

Pero ahora lo más fácil era que no estuviesen allí.

En tal caso la misión de Phil habría comenzado con un fracaso. Tendría que buscar su primera pista en otro lugar.

De todos modos convenía asegurarse, y por eso se dirigió cautelosamente hacia la puerta.

Llegó hasta ella sin dificultad. La palpó.

Estaba cerrada. Su picaporte cubierto de polvo indicaba que no había sido tocado en algunos días. Ello significaba, sin lugar a dudas, que nadie habitaba ahora allí.

Phil rozó el picaporte sin hacer el menor ruido. Estaba lejos de sospechar que con aquello interrumpía una levisima corriente eléctrica que pasaba por aquel pedazo de metal, una corriente imperceptible para su piel, pero que luego, debidamente amplificadas, bastó para emitir un suave zumbido a unos cincuenta metros de allí.

Dentro de la casa también había un servicio de alarma semejante, pero eso ya no llegó a comprobarlo Phil.

El zumbido se oyó en el interior de un carro lleno de paja que estaba semivolcado a espaldas del joven.

Esa paja escondía un pequeño cubículo donde montaba guardia un hombre. Era un tipo joven, de aspecto sinuoso, que tenía junto a él un rifle de largo cañón.

No había notado, ni mucho menos, el paso de Phil, pero el leve zumbido hizo que se despabilase.

Apartó un poco la paja y miró al frente. Sabía que el intruso estaba a unos cincuenta metros de distancia y de espaldas a él, de modo que no podía ver nada de lo que sucediese en el carro.

El hombre montó el rifle, lo colocó sobre un pequeño soporte y a propósito, y en posición de tendido en tierra aguardó con todos los nervios en tensión.

Por supuesto, él no podía ver a Phil a causa de la oscuridad de la noche.

No sabía si él continuaba aún junto al picaporte o se había alejado ya a otro lugar.

Pero los ojos del tirador se hallaban posados en una cosa muy sencilla, que era la hilera de árboles que, desde el carro, llegaban en línea recta hasta las mismas escaleras de la casa. Los troncos de todos ellos estaban pintados con pintura fosforescente, muy visible en la noche, para servir de guía a cualquier automovilista, por el

camino vecinal, se dirigiera a la casa.

Si el intruso pensaba rodearla para buscar un sitio por donde entrar, pasaría por delante de uno de aquellos árboles. Era el camino más oculto y menos peligroso.

Y así sucedió. De repente, el tirador notó que una mancha oscura interrumpía el brillo de uno de los árboles.

No se entretuvo ni una décima de segundo. Como ya estaba apuntando precisamente hacia allí, apretó el gatillo.

Phil no oyó ningún ruido. Únicamente sintió que algo se clavaba en su espalda.

No fue un dolor profundo, como el que hubiera sentido, caso de ser alcanzado por una bala de fusil. Mas bien tuvo la sensación de que un proyectil blando se le había incrustado a flor de piel. Se volvió, dándose cuenta de que habían disparado con silenciador, desde corta distancia. Trató de ver a su enemigo.

Pero este no hizo fuego ninguna vez más. El “ploop” que acababa de sonar en la distancia le indicó que había acertado con su primera bala. Se mantuvo inmóvil, sabiendo que su enemigo le buscaba.

Phil avanzó varios pasos. Sabía que el proyectil solo podía haber llegado de un determinado lugar.

Aquel maldito carro estacionado a unos cincuenta metros... ¡La única cosa que al principio no le llamó la atención!

Fue a avanzar hacia allí, pero de pronto sus rodillas se doblaron.

Era incomprensible. No tenía la sensación de haber sido alcanzado en un punto vital. Tampoco perdía apenas sangre, y sus fuerzas habían estado intactas hasta aquel preciso segundo.

Pero ¿por qué zumbaban sus sienes? ¿Por qué estaba perdiendo el mundo de vista, como si los árboles y la bóveda del cielo se alejasen de él?

En el último instante lo comprendió. ¡Una bala anestésica! ¡Iba a dormirse como un niño sin poder evitarlo!

Lanzó una imprecación, pero eso de bien poco le servía ya.

Cayó bruscamente a tierra y quedó inmóvil, con la cabeza empotrada en la hierba.

CAPÍTULO VII

Cuando recobró el conocimiento, todavía sentía vértigo. Era como si fuese a caer de nuevo otra vez, e instintivamente trató de sujetarse.

Se dio cuenta entonces de que estaba en tierra. Su cuerpo descansaba sobre un suelo de madera. Sobre él, un techo rústico, de vigas de madera al descubierto, con una sola bombilla colgando de un cordón. Vio también que aquella bombilla se alimentaba gracias a la batería de un coche puesta en el suelo, cerca de él. Sin duda la casa no tenía ya luz eléctrica. Debía ser un hogar campesino abandonado, y que sus enemigos habían transformado en su nuevo cuartel general.

No estaba atado de manos, pero sí de pies. Dos argollas empotradas en el suelo le sujetaban férreamente a este. Era inútil intentar levantarse, y mucho menos saltar y dar la vuelta. Resultaba tan inofensivo como un niño dormido para alguien que se hallara a más de tres pasos de distancia.

Y justamente a tres pasos de distancia se hallaba la mujer.

Jacqueline.

Sus ropas severas, sus piernas de diosa, sus ojos inocentes y su busto exuberante, que puesto de perfil hubiera hecho frenar los coches de una calle entera.

La chica llevaba ropas muy ceñidas, y el panorama que ofrecía vista desde abajo, era como para quitarle a uno en diez segundos los efectos de la anestesia.

Al ver que Phil había recobrado el conocimiento, murmuró:

—¿Sorprendido?

—No debería estarlo —musitó él.

—No, no deberías estar sorprendido, sino muerto.

Phil se pasó las manos por los párpados, intentando liberarlos de la pesadez que aún sentía en ellos, último vestigio de la bala anestésica.

—¿Puedo hacerte unas preguntas sin importancia? —susurró.

—Puesto que serán las últimas que hagas en tu vida, no veo inconveniente en ello.

—Os apoderasteis de aquella casa solo por unas horas, ¿no? Aprovechando la ausencia de sus dueños...

—Así es. Ahora en la casa no hay nadie. Pero la vigilamos al suponer que volverías.

—¿Dónde está aquella falsa paralítica? ¿Dónde está la que se hacía llamar Danielle?

—Se llama así. En lo único que mintió fue en lo de la parálisis. A un hombre como tú había que infundirle una falsa sensación de confianza, y ella lo consiguió.

—Pero ¿dónde está?

—Actualmente en París. ¿Qué te importa, si ya no volverás a verla?

Phil trató de sonreír; pero sus labios dibujaron tan solo una mueca.

—En cambio celebro haberte visto otra vez a ti, Jacqueline. Estás... preciosa.

—Celebro que mueras viendo algo agradable. ¿O quizá mi falda te parece demasiado larga?

—Yo opino que sí —musitó él.

—Eso tiene fácil arreglo.

Phil ya se había dado cuenta de que estaban solos en aquella habitación. Trataba desesperadamente de ganar tiempo, aunque sabía que eso era ya inútil.

—¿Desde cuándo la hija de Cluzot luce tanto sus piernas? —preguntó suavemente, mientras ella se subía un poco la falda, con la picardía de una *vedette*.

Las facciones de la muchacha se crisparon en fracciones de segundo. Dejó caer la falda de golpe.

—¿Cómo sabes eso? —murmuró.

—Sé otras muchas cosas que tú ignoras. Curiosamente, el hecho de que seas la hija de Cluzot me ha impedido odiarte.

—¿Por qué?

—Porque tú crees que tu padre es un gran hombre. Porque le ayudas de buena fe.

—Claro que es un gran hombre...

Phil rio silenciosamente.

—¿Para quién crees que trabaja él, nena?

—Para el servicio secreto francés.

—Le dieron un puntapié en las posaderas hace tiempo, preciosa. Lo enviaron al diablo porque era un canalla. Claro que aún quedan otros muchos canallas en el servicio, porque para esos trabajos no se recluta a la gente en los colegios religiosos, sino en los peores lugares de la guerra y el hampa —pensaba en Keller al decirle aquello—, pero también recibirás la patadita como Cluzot... para ser sustituidos por otros iguales —añadió amargamente—. Esto no tiene remedio.

Ella le miró con desprecio. Era evidente que no había creído una sola palabra.

—De modo que mi padre ya no pertenece al servicio secreto francés, ¿eh? ¿Eso crees?

—A pies juntillas, preciosidad.

Con voz burlona añadió:

—¿Para quién crees que trabajas tú, Jacqueline?

—Por medio de mi padre, trabajo para Francia, el único país que él ha amado.

—Vaya, vaya... ¿Y para quién crees que trabajo yo?

—Tú no eres más que un espía extranjero. Los detalles son lo de menos. Mi padre me dijo que no había otro individuo tan peligroso como tú.

Phil desvió la cabeza, evitando mirarla durante unos largos instantes.

Se daba cuenta de que la muchacha había hablado con sinceridad. Cluzot debía ser un hábil comediante, un verdadero artista convenciendo a la gente, y con mayor razón a su propia hija. Como le había dicho Keller, ella le consideraba un gran hombre.

¿Cómo convencerla de lo contrario? Hubiera sido una tarea inútil aun disponiendo de semanas para ello, y ahora... ¡ahora solamente disponía de menos dos minutos!

Porque era evidente que Jacqueline tenía órdenes concretas de terminar con él. Y no tardaría en cumplirlas.

—Tu padre tenía unos cuantos auxiliares —dijo, intentándolo de todos modos—. Bastantes de ellos han muerto ya. ¿No te extraña que el servicio secreto francés no le haya enviado otros hombres?

—No eran necesarios más. Cuando llegue el momento, ya

dispondrá de más auxiliares.

Phil hizo un rápido cálculo. El “personal” empleado en el “negocio” de Cluzot no podía ser ya muy abundante: su hija Jacqueline, la falsa paralítica llamada Danielle, y el falso mayordomo que le acompañó a su llegada a la casa de Normandía y el hombre que había disparado contra él la bala anestésica. Probablemente nadie más. Muy poca cosa ya para un hombre de las enormes ambiciones de Cluzot.

Este se vería obligado a actuar aprisa. A apuntarse pronto un éxito importante para convencer a Keller que él era un hombre insustituible. Keller podía variar de opinión. Podía “comprar” a Cluzot si juzgaba que ello era interesante.

Nada de escrúpulos en aquel trabajo.

Y el éxito importante de Cluzot estaba en su propio cadáver. Enviar a Keller el cuerpo sin vida de uno de sus mejores agentes, era para convencer a cualquiera de que le convenía pactar.

De eso a readmitir a Cluzot, pero ahora como una de los jerarcas del *Deuxième Bureau*, como uno de los personajes secretos más importantes de Europa, había un solo paso.

—¿En qué piensas? —preguntó ella suavemente—. ¿No tienes más preguntas que hacer?

—Ninguna, puesto que estás tan convencida de la valía de tu padre. Me parece conmovedor.

—Vas a burlarte de mí durante muy poco rato ya, Philippe Bernier. Lo único que prometo es que trataré de matarte sin dolor.

—¿Y luego qué haréis con mi cadáver?

—Lo entregaré a mi padre. Él sabe lo que ha de hacer.

Phil asintió débilmente.

Había perdido la partida. Ya nada podría evitar que una bala le saltara la tapa de los sesos.

La muchacha se volvió hacia una mesa que había al fondo de la habitación. Había allí una pistola.

Phil alzó la cabeza.

—Una última pregunta, Jacqueline. Es algo que acabo de recordar ahora.

—¿De qué se trata?

—Odette Borbier trabajaba para tu padre. Tenía orden de matarme. Yo te dije que iba a casarme con ella, lo cual le hubiera

dado ocasión para acabar conmigo. ¿Por qué no dejaste que me fuera? ¿Por qué me atrajiste a la casa de Normandía, tendiéndome una trampa, si de todos modos Odette, ya me tenía tendida otra?

—Mi padre pensó que era mejor dejar lo de Odette como último recurso. Ella se comprometía demasiado al matarte. En cambio, todo estaba preparado para que desaparecieses sin dejar huella de la casa de Normandía. Allí no hubieras comprometido a nadie.

Phil dio una lenta cabezada. Comprendía.

Cluzot era un hombre calculador y que solo aceptaba los riesgos absolutamente indispensables.

Dijo con resignación:

—Bueno, muñeca, puedes disparar. Nadie va a impedírtelo, y menos yo. En cierto modo me harás un favor despachándome de este barrio que ya se está volviendo demasiado sucio.

Ella giró, llevando la pistola en su derecha, y entonces Phil estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque la pistola que Jacqueline llevaba era la misma que le habían arrebatado a él. La que le diera Keller en su lujoso despacho del Quai d'Orsay.

Jacqueline no sabía que al apretar el gatillo... ¡se mataría ella misma!

La pistola estaba pensada, sin duda, para situaciones así. Aunque se cargaba normalmente, debía tener invertido todo el sistema de disparo. Alguna pieza se levantaría automáticamente en la culata, al ser apretado el gatillo, dejando al descubierto un cañón secreto. Por allí saldría la bala, para ir directamente a la cabeza o el pecho de la persona que empuñaba el arma.

Durante unos breves segundos Phil pensó frenéticamente, con la cabeza convertida en un torbellino.

Una vez ella muerta, él tendría alguna posibilidad de huir. Quizá conseguía librarse de las argollas que sujetaban sus pies al suelo. Todo lo que él tenía que hacer era esperar. Dejar que Jacqueline apretase el gatillo.

Notó que unas espesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

—¿Tienes miedo? —susurró ella—. ¿Quizá lo sientes ahora por primera vez en tu vida?

—No es eso.

—Cierra los ojos. Te dispararé entre las cejas y no sufrirás.

—Por favor, no lo hagas.

La voz parecía haber llegado de muy lejos. Era como si hubiese hablado otra persona, no él mismo.

—Es ya tarde para pedir clemencia, Phil.

—Aunque te parezca mentira, te estoy salvando la vida a ti.

—¿Qué tontería dices? Podrías elegir un truco mejor para ganar tiempo, ¿no?

—Jacqueline —susurró—, tú no perderás nada haciéndome caso una sola vez. Una sola.

Ella entrecerró los ojos. No quería oírle más. Su brazo derecho se tensó, mientras el dedo índice se disponía a apretar el gatillo.

—Tira a la pared una sola vez, Jacqueline —pidió él.

—¿Quizá el disparo será una señal para que tus amigos te ayuden? ¿Has venido acompañado por alguien?

—No, no he venido acompañado por nadie, y tú lo sabes. Lo único que pretendo es que no mueras de la forma más estúpida. Dispara contra la pared, pero sin situar tu cuerpo detrás de la culata.

Ella vaciló un momento.

No entendía aquello, pero la curiosidad fue más fuerte que sus dudas. Pensó que nada perdía probando.

Disparó de costado, de modo que su cuerpo no quedase detrás de la culata, tal como le había aconsejado Phil.

Quedó petrificada cuando notó que la bala no salía por delante del arma, sino por detrás. Tal como había supuesto Phil, al apretar el gatillo la parte superior de la culata pareció desmontarse, y por ella surgió un corto cañón que escupió la bala.

A aquella distancia, sus efectos hubieran sido mortales. Caso de disparar normalmente, ahora Jacqueline estaría ya en tierra, con la cabeza atravesada.

Miró la pistola como si creyera estar soñando.

—Pero ¿qué es esto? —balbució.

—Un arma que puede sacarle a uno de fuertes apuros —explicó Phil—. Ya has visto que no bromeaba.

—¿Quién... te la dio?

—El hombre a quién debo obedecer en el servicio secreto francés.

—¡Tú no eres un miembro del servicio secreto!

Era evidente que la muchacha seguía sin creerle. Phil se encogió

de hombros.

—Está bien. Entonces puedes pensar, si te parece, que la compré en una subasta.

—Pudiste haber esperado que me matara... —susurró Jacqueline.

—Reconozco que sí.

—¿Por qué has dejado que me salvase?

—Quizá porque ya he visto demasiados muertos a mi alrededor y no quiero ver uno más. Sobre todo si eso muerto es una muchacha, bonita.

Jacqueline se volvió de repente. Sin duda evitaba mirarle. Phil notó que sus hombros temblaban un momento.

—Mi padre me encargó que te matara con tu propia pistola —dijo ella—. No sé bien por qué.

—Sin duda porque así mi muerte aún produciría más efecto a la persona que a él le interesa. Un tal Keller.

—¿Quién es Keller?

—Más vale que no hagas tantas preguntas, preciosidad. Keller, para ti, debe seguir siendo un fantasma.

—Mi padre me pidió que acabara contigo de ese modo —recapituló ella, siguiendo el hilo de sus pensamientos—, pero habrá una pequeña variación en el programa. Te mataré con mi pistola; esa será la única diferencia.

Volvió a depositar sobre la mesa el arma de Phil y del cajón central, extrajo otra mucho más pequeña, con culatas de nácar. Era una pistola que parecía de juguete, pero de efectos devastadores a la mínima distancia desde la que ella dispararía.

Phil sonrió burlonamente, a pesar de saber que todo había terminado ya.

—De modo que sigues pensando que tu padre trabaja para el servicio secreto francés y que yo, por el contrario, no soy más que un espía —murmuró—. No deja de tener gracia... En nuestro oficio se producen a veces esos contrasentidos estúpidos, pero a uno siempre le pillan por sorpresa. Muy bien, ¿a qué esperar más? Más vale terminar de una condenada vez...

Ella había apoyado prácticamente el cañón de la pistola sobre una de las sienes del joven.

Su mano no temblaba.

Phil la miró directamente a los ojos, mientras dejaba que en sus

labios apareciera una ancha sonrisa. Una sonrisa que era toda una lección de desafío.

—Vamos... —susurró—. ¿A qué esperas? ¿O es que tienes miedo de que, con el fogonazo, se queme el esmalte de las uñas?

Ella vaciló. De pronto su derecha empezó a temblar.

—No puedo... —musitó—. No puedo hacerlo...

La sonrisa de los labios de Phil se borró lentamente. Su rostro adquirió una expresión distinta, una expresión de estupor.

Por primera vez encontraba algo de buena fe, algo de gratitud en aquel miserable trabajo al que había dedicado lo mejor de su vida.

—Más vale que lo hagas —susurró—. De lo contrario, creo que vas a tener problemas demasiado graves.

Pero ella retiraba ya la pistola de la sien de Phil.

—Voy a dejarte libre —decidió de repente.

—¿Sabes a lo que te expones?

—Sí. Sé que volveremos a encontrarnos. Pero entonces no habrá piedad, Phil. Ni para ti... ni para mí.

—En cambio, si terminases ahora, no habría problemas para ti.

—He perdido muchas cosas —murmuró ella—. La inocencia, el amor y hasta la alegría de vivir, pero no he llegado aún al nivel de las serpientes. Yo no puedo matar fríamente a quién ha evitado que muriese. De modo que vas a quedar libre, Phil.

En su derecha apareció una pequeña llave que sin duda abría las argollas del suelo.

—Naturalmente, no te devolveré tu arma —continuó ella—. Voy a quedármela yo.

—Me parece muy lógico.

—Es admirable... —susurró ella—. Externamente no se diferencia en nada de las demás.

—Si se diferenciara, ya no resultaría tan peligrosa. Ni un experto notaría nada a primera vista.

Notó que estaba ya libre y se frotó los tobillos. Ella a cierta distancia, sin abandonar las precauciones, le apuntaba con su pistolita nacarada.

—Jacqueline —dijo él pensativamente, todavía sentado en el suelo—, si tú quisieras, podría contarte unas cuantas cosas muy interesantes.

—No voy a creer una sola palabra de lo que me digas, de modo

que puedes ahorrarte el trabajo.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Muy bien, será como tú dices... Pero, al menos explícame qué va a ocurrir cuando salga de aquí. ¿Dónde está el del fusil con balas anestésicas?

—Ahora ya no lleva balas de las que duermen, sino de las que matan. Se encuentra apostado a unos cincuenta metros.

—Supongo que disparará en cuanto me vea...

—Yo tengo que fingir que has huido. No puedo ayudarte ya más.

—Lo comprendo.

—Tendrás que apañártelas y procurar que no te alcance con sus disparos. Eso es cuestión tuya.

Phil se puso en pie.

—Espero que nos volvamos a ver, Jacqueline.

—Yo estoy segura. Pero entonces será distinto.

Él asintió lentamente. No dijo una palabra más.

De pronto empujó la puerta y salió al exterior, lanzándose a tierra violentamente.

La bala silbó casi al instante y chocó contra la puerta. No se había producido estampido porque, como antes, el rifle estaba provisto de silenciador. Y no cabía duda de que su dueño se hallaba alerta.

Desde el suelo, con la cabeza casi oculta entre los brazos, Phil miró en torno suyo.

Acababa de salir de una cabaña muy rústica, situada en mitad de un prado. No había lugar donde protegerse, a no ser un bosque situado a unos cien metros.

¡Y ahora había luna! ¡Demasiada claridad para escapar a los nuevos disparos del rifle!

Oyó un agudo grito a su espalda. Jacqueline fingía a la perfección que él había tratado de huir.

El segundo disparo hundió la bala en la tierra blanda a menos de un palmo de su cabeza. Algunas briznas de hierba, segadas por el proyectil, parecieron brincar hasta sus ojos.

Phil dio un salto repentino, con la agilidad de un galgo, y se ocultó tras un ángulo de la casa.

El del rifle había abandonado su parapeto. Se acercaba a él con el arma entre las manos.

—Si tuviera un arma... —pensó el joven—. ¡Aunque solo fuera una maldita pistola! A esta distancia le...

Pero no tenía otra cosa que sus manos, y aquello era muy poco para enfrentarse al tipo del rifle.

Rodeó la casa y corrió agazapado hacia el bosque, protegido de momento por el mismo edificio, ya que su enemigo aún corría por el otro lado.

A unos cinco metros de los primeros árboles se lanzó ya de cabeza, sabiendo que no tenía un segundo que perder.

Y, desde luego, no lo tenía.

Desde el mismo ángulo de la cabaña, su enemigo disparó dos veces. Phil sintió que una bala le rozaba los cabellos y terminaba por empotrarse en un tronco. La otra mordió la tierra justo al lado del sitio donde él cayó rodando.

Una sola vacilación y habría sido cazado como una liebre.

Pero ahora ya estaba protegido por los árboles, y a su enemigo le iba a ser casi imposible alcanzarle a distancia. No le quedaría más remedio que perseguirle por el bosque.

¿Se arriesgaría a hacerlo?

Phil esperó, agazapado tras un tronco, dispuesto a tender una trampa a su enemigo si este penetraba allí. Durante unos minutos se mantuvo a la expectativa.

Pero el otro no se arriesgó. En el silencio de la noche se oyeron sus voces, discutiendo acaloradamente con Jacqueline.

Phil tenía que aprovechar aquella ocasión. Se alejó velozmente.

CAPÍTULO VIII

La guía telefónica, después de reseñar el número, indicaba: Nguyen Dy. Antigüedades orientales”. 8 rue de Henri IV.

Phil subrayó aquella dirección.

Llevaba todo el día ocupado en la estúpida tarea, en la habitación del hotel que había alquilado en Caen. Todo el día amarrado a la guía telefónica de París, buscando direcciones de personajes que hubiesen vivido en Indochina o que tuvieran nombres vietnamitas.

Era un trabajo de horas y horas y que podía, encima, no dar resultados prácticos.

Phil recordó aquella frase que había oído cierta vez, relativa a los agentes de los servicios secretos: la de los minutos de acción y los océanos de aburrimiento.

Después de huir de la cabaña, había vagado por los campos, hasta llegar a una carretera secundaria, donde un camionero atendió a sus signos de “auto-stop”. Phil tuvo que inventar un buen cuento: que era un agente comercial a quién se le había estrellado el coche. El camionero le dejó en Caen y le deseó suerte, recomendándole de paso un hotel barato.

Y ahora estaba encerrado allí.

Phil prefería los lugares baratos porque sabía que Javert le haría buscar por los establecimientos caros. Una de las ventajas de los agentes secretos es que suelen disponer de dinero abundante, y mientras la vida les dura, procuran pasársela en grande. Muy pocas son las veces que se les exigen cuentas acerca de sus gastos. Y cuando cobran, no firman recibo. Es un curioso mundo donde gentes sin honor, dan su palabra de honor, y en cuestiones de dinero la cumplen siempre.

A Phil se le había metido entre ceja y ceja que Cluzot debía tener un buen refugio en París.

A pesar de haber trabajado siempre en Oriente, París debía seguir siendo para él la “sede central”, el lugar donde había aprendido los

primeros rudimentos del espionaje. Además, si su hijastra vivía allí, él tenía probablemente un lugar donde ambos pudieran comunicarse, e incluso ocultarse si era necesario.

Puesto que Cluzot era vietnamita, resultara muy posible que tuviera un establecimiento donde un vietnamita no llamase la atención. Por ejemplo una casa de antigüedades. Una casa de antigüedades como aquella cuya dirección él acababa de anotar.

Se dijo que tendría que intentarlo.

Abonó su cuenta en la pensión, fue a la estación de Caen y fingió pasear a lo largo de la vía, como un desocupado que toma el sol. Pero, como si lo hiciera descuidadamente, se situó en una cerrada curva donde los trenes no tendrían más remedio que disminuir la velocidad, sobre todo los largos convoyes de mercancías.

Uno de estos tardó casi dos horas en aparecer por allí. Iba a unos sesenta, pero aminoró su velocidad a cuarenta para tomar la curva, Phil, agazapado entre unos matorrales, se preparó.

Saltó cuando pasaba el vagón de cola. Se izó hasta la puerta y pudo abrirla.

Dentro no había más que balas de algodón, procedentes de algún puerto del Mar del Norte. El destino de todas ellas era París, a juzgar por las etiquetas de los fardos.

Phil se agazapó entre algunas de esas balas y aguardó tranquilamente a que el largo convoy terminara su viaje. Sufrieron largas paradas y frecuentes desvíos, pero llegaron a París unas catorce horas más tarde.

Phil saltó entre las vías cuando penetraban en el mar de raíles de la Gare du Nord. Se deslizó silenciosamente por entre las interminables hileras de vagones parados y luego saltó una tapia, encontrándose en la calle.

Era de madrugada, pero había abundante tráfico. Pensó que ahora le quedaba un nuevo problema, que era el de encontrar alojamiento.

Javert tendría controlados todos los hoteles y pensiones. Sin embargo podría acudir a la casa de alguno de sus compañeros repatriados, bastantes de los cuales vivían en la capital.

Vagabundeó hasta las ocho de la mañana y se dirigió entonces el *boulevard* de Montmartre, donde tenía su alojamiento un teniente llamado Catoux.

Catoux era cincuentón y había ascendido por escalafón, es decir, por años. Era lo que, en la jerga del ejército, se llama “un oficial de cuchara”. El eterno reenganchado.

Pertenecía a la vieja escuela de las tropas coloniales, y la vida le resultaba inconcebible sin una botella y una mujer.

Cuando abrió la puerta a Phil, llevaba la botella bajo el brazo. La mujer estaba en la cama del minúsculo apartamento, tapándose hasta las orejas.

—Es mi mujer —dijo Catoux, confundido—. Bueno, tú ya sabes... ¿A qué infiernos has venido?

—Quiero que me dejes vivir un día aquí.

—¿Aquí? Hombre, pero esto es muy pequeño para tres...

—Ella puede irse. Y si se quiere quedar que se quede. Yo prometo no enterarme de nada.

Catoux hizo una seña a la mujer, que se iba destapando poco a poco.

—¡Eh, tú, *ma petite chatte*! ¿Qué decides?

—Yo tengo mucha vergüenza —dijo ella, destapándose un poco más.

—Oh, tonterías... Phil es de confianza.

—Pero yo soy una chica muy ruborosa...

Se destapó un poco más.

Phil hizo un gesto de hastío y se dejó caer sobre la alfombra cuán largo era.

—Otro día será, hermanita —dijo cansinamente—. Ten paciencia, y mientras tanto entretente con tu gatito Catoux.

—¿Qué quieres insinuar? —masculló este.

Pero Phil ya había cerrado los ojos.

Y estaba dormido.

* * *

La rue Henri IV estaba en el viejo París, en la zona de la Plaza de los Vogos, del Museo Carnavalet y de las antiquísimas tabernas de donde salieron los primeros “sans-coulottes” al asalto de la Bastilla. Era una calle apacible, oscura, donde una tienda de antigüedades modesta, como la de Nguyen Dy, apenas llamaría la atención.

Como negocio no debía ser demasiado bueno, pero servía, al menos, a Cluzot para tener un cuartel general en París, cosa que

debía resultarle indispensable. El tal Nguyen Dy debía ser uno de sus viejos auxiliares de Oriente.

A aquella hora ya estaba todo cerrado. Las sombras invadían la calle. Phil decidió probar suerte en aquel lugar.

Podía equivocarse, pero era un riesgo necesario.

Pasó dos veces, como el que pasea, por delante de la puerta, y se convenció de que por allí no conseguiría entrar. Luego se coló en la casa de vecinos contigua, que al menos debía tener doscientos años de antigüedad. Siguiendo el portal, se llegaba a un pequeño patio donde se almacenaban cajas de vinos, un individuo grueso, con boina y delantal, las iba apilando cuidadosamente.

No vio a Phil. Este se había movido como un fantasma a su espalda. Hubiera improvisado cualquier excusa caso de ser descubierto, pero no fue necesario. Antes de que el gordo volviera la espalda, él ya estaba oculto tras una pila de cajas.

Solo un par de polvorientas bombillas alumbraban el patio, donde quizá en 1789 brindaron los revolucionarios con un vino muy parecido al que ahora almacenaba el tipo de la boina. Este revisó su trabajo al cabo de unos instantes, pareció satisfecho y se largó.

Phil examinó entonces la situación.

Una pared no muy alta separaba aquel patio de otro que debía ser el de la tienda de antigüedades.

Saltó ágilmente. Se encontró en un lugar desierto, en un patio donde no había absolutamente nada.

Frente a él, una reja protegía la entrada del almacén.

Podía estar conectada a un sistema de alarma, y por eso Phil empezó a tantear sus bordes cuidadosamente. Al fin sus dedos bien entrenados consiguieron dar, en la parte interior, con el nacimiento de un cable que se perdía en el interior. Lo cortó valiéndose de un cortaplumas y luego, empleando el mismo instrumento, trató de forzar la cerradura.

Podía trabajar con tranquilidad, porque nadie lo veía ahora.

Durante más de noventa minutos estuvo forcejeando, hasta que al fin consiguió vencer. Empujó la reja y no sonó ningún timbre. El joven penetró en el almacén poco a poco.

No se oía el menor ruido dentro de él. Sin duda estaba vacío por las noches.

Encendió las luces y vio varias salas abarrotadas de objetos orientales. Todos eran de poco valor, al menos para un hombre que conociera bien su origen. En cuanto a algunas piezas de marfil, supuestamente trabajadas en Hong-Kong, eran a todas luces falsas.

La única cosa que verdaderamente le llamó la atención, fue una alta figura compuesta de muchas piezas de hierro fundido. Era poco más baja que un hombre normal, y representaba a un guerrero “snik” de la India, cubierto con armaduras medievales. Aquello era lo único que debía tener un apreciable valor, pero resultaba siniestro a causa de su aspecto y de la vejez del hierro. La figura tenía, soldado a su puño derecho, un agudo puñal que descansaba en uno de sus flancos.

Phil no le dedicó más atención, porque en aquel momento poco podía importarle las obras de arte.

Empezó a registrar todo aquello. Lo primero que hizo fue abrir una vieja cómoda, encima de la cual había un espejo. Todo quedaba tan sumido en sombras, a causa de la deficiente luz, que en aquel espejo apenas distinguía su propia imagen. Sin duda, el dueño del establecimiento pretendía dar a esto un aspecto espectral, y lo había conseguido.

Phil tiró de aquel cajón.

Y en aquel momento quedó atónito, paralizado, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

Porque el propio Cluzot había aparecido detrás suyo. ¡Y avanzaba hacia él en línea recta!

* * *

Phil se volvió bruscamente.

Todo aquello era como una alucinación.

No comprendía de dónde podía haber salido Cluzot, sí allí detrás no había ninguna puerta. No comprendía tampoco cómo avanzaba con aquel silencio y aquella rapidez.

De pronto su asombro se hizo todavía más intenso. Se dio cuenta de que Cluzot no dejaba nada al azar.

Para entrar en el almacén uno se exponía a hacer sonar el timbre de alarma, pero si era lo bastante listo para esquivar ese peligro, se encontraba luego con otro mecanismo que funcionaba al abrir aquel cajón.

Un cuadro colgado de la pared, frente al espejo, giraba, y en el reverso había un gran retrato de Cluzot. Todo el cuadro avanzaba a continuación, dando la sensación —gracias a la penumbra y al hecho de que el espejo solo reflejaba la cara— de que todo su cuerpo era el que avanzaba contra el intruso.

De pronto el cuadro se detuvo y basculó unos instantes en el aire, colgado de un largo brazo metálico.

El mecanismo funcionó de nuevo, y el cuadro volvió a su lugar, girando y mostrando lo que había pintado en su frente, que era un inocente paisaje chino.

Phil arqueó una ceja.

¿Por qué aquella broma estúpida? ¿Qué pretendía Cluzot con aquello?

De pronto oyó un largo “craac” hacia su derecha.

Se volvió, y estuvo a punto de lanzar un aullido. ¡Porque la figura de hierro que antes le había llamado la atención se movía! ¡Avanzaba hacia él!

Phil creyó estar soñando.

Se dijo que aquello era una estúpida pesadilla, que de ningún modo podía ser algo real.

Pero de pronto notó algo bajo sus pies. Vio que allí había un verdadero laberinto de raíles empotrados en el suelo. Y por esos raíles circulaba la estatua.

Lo hacía con mucha rapidez. Sin duda recibía a través de aquellos raíles la electricidad necesaria para hacer funcionar el ingenioso motor que lo movía. Por otra parte, la estatua hacía un solo gesto.

Su brazo armado con el puñal, subía y bajaba rápidamente, con una velocidad y una fuerza que en el primer momento le parecieron increíbles a Phil.

Y se dio cuenta, a juzgar por la abundancia de raíles, que aquella siniestra figura recorrería la habitación entera. No quedaría un solo punto de habitación que no fuese batido por su cuchillo.

¡Además las puertas se habían cerrado herméticamente!

¡Aquello no era un sistema de alarma, sino una trampa mortal!

El joven tuvo que saltar de costado porque la figura ya estaba materialmente encima. El cuchillo pasó rozando sus ropas, con la fuerza de una catapulta.

Siguiendo el camino trazado por los raíles, el extraño monstruo mecánico avanzó hacia él. Era cuestión de segundos el que de nuevo volviese a tenerlo enfrente.

Podría esquivarlo una, dos, tres, cuatro veces... ¡Pero quizá aquello duraría horas y horas y horas! ¡Toda la noche! ¿Qué cuerpo humano resistiría aquella tensión, aquella horrible prueba?

Todo el cuerpo de Phil se cubrió instantáneamente de sudor, mientras su cerebro trabajaba a la presión de un volcán.

Lo primero que comprendió era que si el muñeco hacía siempre el mismo movimiento, su puñal nunca llegaría al suelo. Le bastaba tenderse allí, pues, para no ser alcanzado.

Lo malo era qué, para tenderse en el suelo, debía cruzarse al menos sobre dos raíles, lo cual haría que el monstruo mecánico tropezase con él. ¿Qué sucedería entonces?

Lo probó arrojando una silla al paso de la figura.

Esta pareció notar que su paso era interrumpido, y entonces hizo un nuevo movimiento. Su talle se dobló hacia adelante, pudo bajar más el brazo, y acuchilló materialmente al mueble. Lo menos le dio diez cuchilladas en diez segundos. Luego el monstruo se irguió y continuó su camino y la silla fue apartada violentamente a un lado.

Phil tenía la boca abierta.

Si llega a probar con su cuerpo lo de tenderse en el suelo, ahora estaría más muerto que Napoleón III.

¡Y la figura negra volvía a avanzar hacia él!

Phil comprendió que solo había una solución, aunque también necesitaba probarla: situarse a la espalda de la figura y tratar de inmovilizarla con sus brazos.

Así lo hizo, saltando de costado ágilmente otra vez, cuando el cuchillo casi le rozaba.

En una de las evoluciones de la figura, se situó a su espalda y la abrazó fuertemente. Pero la fuerza de aquel mecanismo era superior a la de cualquier hombre, aunque este fuese un atleta como Phil.

A través de los raíles, debía recibir tanta fuerza como para mover un tranvía. Phil comprendió que nunca lograría nada con aquel sistema. Tampoco podría derribar a la figura de hierro, que parecía empotrarse materialmente en el suelo.

¿Y si se montaba encima de ella?

Cabalgando sobre su espalda, la figura no podría hacerle ningún

daño!

Era un sistema sencillo y al propio tiempo divertida. ¡Ya se cansaría de dar vueltas aquel cacharro!

Saltó, pero al abrazarse al muñeco se dio cuenta de que este tenía la espada llena de agudas escamas. Pareció como si miles de agujas se clavaran a la vez en el pecho de Phil. Este lanzó un gemido y rodó por tierra, mientras miraba su pecho cubierto de sangre.

Ahora volvía a estar tendido en los raíles. Ignoraba por qué estos no le enviaban una descarga eléctrica, pero tampoco le quedaba tiempo para averiguarlo. ¡El monstruo mecánico ya estaba de nuevo encima suyo!

El brazo armado descendió con vertiginosa rapidez. Phil que ya no podía escabullirse, no tuvo más remedio que sujetarlo.

Sus dientes rechinaron mientras concentraba todas sus fuerzas, mientras con todas sus energías luchaba desesperadamente para frenar aquel brazo implacable, aquella catapulta que impulsaba el cuchillo hacia él.

Pronto comprendió que no podría frenar su avance. Los resortes de acero del interior eran más fuertes que sus músculos.

Tampoco podía saltar de costado ya. ¡Estaba perdido!

Sacando fuerzas de flaqueza, luchando con la energía que solo da la desesperación, consiguió que la marcha implacable del brazo mecánico se detuviese. Mientras tanto se iba escabullendo poco a poco, valiéndose de su hábil juego de piernas. Durante algunos segundos creyó que por fin iba a salvarse.

Pero de pronto se oyó un “clic” en el vientre del muñeco mecánico. Una desusada resistencia ante el movimiento del brazo de este, debía mover aquel resorte suplementario. Una pequeña puertecilla se abrió, y por ella surgió algo parecido a una punta de lanza.

Si Phil llega a estar pegado al muñeco, aquella lengua de acero se habría clavado por completo en su cuerpo, pero como estaba ligeramente distanciado, el metal solo penetró un par de centímetros en la parte izquierda de su pecho.

Lanzando un gemido, Phil cayó de espaldas al suelo, mientras llevaba sus manos a la herida. Inmediatamente retiró sus dedos bañados en sangre.

Miró al muñeco, esperando de un momento a otro la cuchillada

mortal. Pero ahora el extraño y siniestro robot se había detenido.

Una de las puertas acababa de abrirse.

Cluzot había aparecido en el umbral. Iba vestido sumariamente, lo cual indicaba que vivía muy cerca de allí, tal vez en el mismo edificio. La puesta en acción del muñeco mecánico desencadenaba, al mismo tiempo, el funcionamiento de un timbre de alarma en el sitio donde Cluzot, se encontraba.

Phil intentó extraer la pistola reglamentaria que le había quitado a Catoux, pero a causa de la herida sus gestos fueron demasiado lentos. Cluzot, de un puntapié, la hizo saltar de entre sus dedos. Luego, él mismo extrajo una pequeña “Browning”.

Riendo tenuemente, como si la situación le divirtiese mucho, se apoyó en una de las paredes y miró al hombre caído en el suelo, cuyas ropas se iban empapando en sangre.

Cuando aquel acceso de hilaridad hubo pasado, cuando se convenció de que tenía a Phil absolutamente seguro, hizo una mueca y preguntó con voz suave:

—¿Se siente bien, teniente Durand?

—Mejor que tú... perro.

—¡Oh, eso es mucho decir! ¿Sabe que la herida del pecho tiene mal aspecto?

—No siento dolor. ¡Y aún puedo luchar, si es eso lo que piensas!

—Te estás desangrando...

Phil rechinó los dientes.

Miró a su enemigo sin odio, pese a saber que aquello era el fin. La última lección que le había dado al final de su aprendizaje era esta: “Y recuerda, muchacho, que hay siempre una última vez en que se pierde”.

Había que aceptar aquello con resignación, y a ser posible con elegancia.

—Supongo que te habrá maravillado mi muñeco mecánico —dijo suavemente Cluzot—. Pero no es invención mía, sino un viejo artefacto chino. La única pieza de valor que yo tengo en esta tienda. Porque ya habrás supuesto que Nguyen Dy no es más que un auxiliar, y que esto me sirve como refugio. El muñeco lo perfeccioné yo, pero ya hace años que los mandarines lo tenían; para divertirse, cosas semejante. Ellos lo hacían funcionar con pólvora, y naturalmente de una manera mucho más primaria. Pero

mi muñeco es prácticamente invencible. Nadie que entre aquí por sorpresa tiene posibilidades de sobrevivir.

Phil jadeaba, apretándose la herida del pecho. Gracias a ello, el flujo de sangre había empezado a disimular.

—¿Qué vas a hacer ahora? —susurró.

—Podría hacer dos cosas —dijo Cluzot, tras meditar unos instantes—. Una de ellas, entregarte al comisario Javert, que en estos momentos debe estar rumiando una de sus jugadas de ajedrez. Él te acusaría del asesinato de Odette Borbier y dudo mucho que pudieras defenderte.

—Sé que no harás eso —murmuró Phil—, de modo que hálame de la otra posibilidad.

Cluzot rio:

—Es muy sencilla: Matarte.

—¿Por qué medio?

—Por cualquiera. Incluso puedo simular un accidente con el pequeño monstruo mecánico, pero no creo que haga falta tomar demasiadas precauciones.

—¿Cómo justificarás mi muerte, entonces?

—Keller lo arreglará.

Phil apretó los labios con una mueca de amargura.

—No me equivoqué en ninguna de mis suposiciones... —susurró—. Quieres ser una auténtica jerarquía dentro del mundo del espionaje. Quieres recuperar el rango que tuviste...

—Aspiro a más, a mucho más —dijo tranquilamente Cluzot—. No sería tan difícil que yo llegara a administrar los miles de millones de francos que no figuran en los presupuestos y que se destinan a la manutención de los servicios secretos y las policías paralelas.

—Nunca tendrán confianza en ti. Has engañado a demasiada gente.

Cluzot sonrió.

—Cierto, he de reconocer que he sido un hombre eternamente insatisfecho. Nunca he desdeñado ninguna oportunidad, ¡y en este oficio las oportunidades son tantas! Pero ahora me he decidido a trabajar en una sola dirección. Basta de coquetear con unos y otros. Trabajaré para un solo amo.

—No te creerán.

Cluzot volvió a sonreír. Con movimientos de hombre que está

perfectamente seguro de sí mismo, descolgó un teléfono y marcó un número que Phil, desde su posición, no pudo identificar.

—Soy Cluzot —dijo sencillamente, cuando alguien respondió al otro lado del cable.

Aguardó unos instantes, mientras sin duda le daban instrucciones.

—Bien —dijo finalmente.

Y colgó.

Sus ojos vacíos, de perfecto oriental educado a la europea, se posaron en Phil. Le señaló la puerta.

—¿Puedes andar tú mismo o prefieres que te saquen?

—Puedo andar yo mismo.

—No quieres que te pongan las manos encima, ¿eh? Eres orgulloso...

Phil no respondió. Caminó vacilando hacia la puerta por dónde poco antes entrara Cluzot. Sabía que era inútil intentar nada, por eso no hizo el menor movimiento sospechoso. El otro seguía apuntándole con su arma, sin quitarle ojo.

La puerta del establecimiento estaba abierta. Ante ella había un “Citroën” negro con un hombre al volante. Phil dedujo que debía ser el mismo que le disparó con el rifle en Normandía. Ante la muda invitación de Cluzot, se acomodó pesadamente en el asiento posterior.

—Voy a dejar esto perdido de sangre —masculló, mientras Cluzot se acomodaba a su lado y le clavaba la pistola en su flanco.

—No importa. También Keller lo arreglará.

—Pareces confiar mucho en él...

—Muchísimo. Es natural.

Phil rechinó los dientes. De pronto, por su cerebro había pasado un pensamiento que le hacía daño.

—¿Y tu hija? —farfulló—. ¿Por qué cree en ti? ¿Por qué...?

—Porque ella ama a Francia, y yo pertenezco al servicio secreto francés.

—¿De veras?

A pesar de su situación, Phil sentía deseos de reír. ¿Qué necesidad tenía Cluzot de mentirle a él?

Vio que este le mostraba un pasaporte diplomático. Phil sabía lo que significaba eso. No lo tocó, pero lo miró bien mientras el coche

rodaba a buena velocidad por vías poco iluminadas. De pronto sintió deseos de lanzar una carcajada.

—Es falso —dijo—, aunque bien imitado.

Ahora fue Cluzot el que rio.

—Te equivocas. Es auténtico.

—¿Auténtico?...

Phil no salía de su asombro. Pero no le quedó tiempo para pensar en todo aquello.

Porque de pronto el coche frenó bruscamente.

CAPÍTULO IX

Estaban en el bosque de Bolonia.

El inmenso parque de París, tiene zonas donde se alzan chalets elegantes, algunos apartamentos de lujo y viviendas, en fin, para los miembros de la aristocracia que prefieren el sosiego y la discreción de los lugares apartados. También era aquella zona una de las preferidas por la diplomacia... y por el espionaje.

A Phil no le sorprendió en absoluto que lo hubiesen llevado allí. Era, dadas las circunstancias, el lugar más lógico de París.

Al descender del coche, vio una amplia villa, solitaria y un poco siniestra. Debía haber sido edificada cincuenta años atrás, en la época de los ministros barbudos y de los galantes presidentes de la República Francesa. Estaba completamente aislada de las otras y solo había luz en una de sus ventanas.

Una sombra avanzó hacia el coche. Phil parpadeó al reconocer a Jacqueline.

Ella volvía a parecer una estudiante pobre, como cuando la conoció. Llevaba una gabardina vieja, zapatos de medio tacón y medias gruesas. Sus ojos, duros como el diamante, se clavaron en Phil.

—Ya te dije que nos volveríamos a encontrar —susurró.

Él tragó saliva.

—¿Quién te ha citado aquí?

—Keller.

—¿Ke... ller?

—¿Por qué te extraña tanto? Mi padre es miembro del servicio secreto y Keller conoce también mi teléfono.

A Phil apenas le sostuvieron las rodillas durante unos segundos. ¿Cómo era posible aquello? ¿De modo que Cluzot no había mentido? ¿Él era realmente un miembro del servicio secreto?

¿Qué sentido, pues, tenía toda aquella tragedia?

Cluzot le empujó hacia las escaleras de la villa.

—Andando.

Phil no comprendió nada más que una cosa: Comprendió de repente que estaba perdido. No le importaba morir, o incluso a su regreso a Francia lo había deseado en cierto modo, pero lo que no quería era terminar en aquella ciénaga sucia. Ser un muerto más entre los muertos que tejían aquella red de mentiras.

Su reacción le dejó asombrado a él mismo. Cluzot, que seguía apuntándole, se había confiado un momento. Es decir, se había acercado con exceso a él, mientras le empujaba con el cañón para que se dirigiese hacia las escaleras.

Phil se movió de repente, girando con velocidad. Este chocó con la pistola y el disparo de Cluzot salió desviado.

La detonación despertó dormidos ecos en aquel sector solitario del Bosque de Bolonia; en la casa que tenían enfrente se encendió de repente una luz.

Phil propinó entonces un terrible cabezazo a la frente de Cluzot, aprovechando su momentánea desorientación y el hecho de que lo tenía enfrente. Cluzot gimió. Antes de saber lo que ocurría, estaba ya volando por los aires.

El chófer, que había salido de su asiento, intentaba sacar un rifle de debajo del “tablier”. Recibió el impacto del cuerpo de Cluzot, y los dos rodaron por el suelo. Cluzot intentó desesperadamente tender el brazo armado.

Jacqueline saltó hacia él, tratando de inmovilizarle, pero él había saltado ya a su vez. La muchacha cayó al suelo.

Phil se arrodilló y se apoderó de la pistola pedida por Cluzot. Un seco disparo rasgó las tinieblas. El chófer, que estaba a punto de encañonarle ya con el rifle lanzó un gemido y se llevó las manos a la garganta, que acababa de ser atravesada por la bala.

En cuanto a Cluzot, gateó desesperadamente unos momentos. Una cosa redonda y brillante había caído de uno de sus bolsillos al dar la vuelta de campana. No se dio cuenta y la sujetó con sus manos espasmódicas, apretándola de una manera maquinal, con el pensamiento puesto solo en la huida.

De pronto lanzó un gruñido, una especie de gemido sordo.

Phil le vio tambalearse, quedar empotrado sobre sus propias rodillas. Luego cayó pesadamente al suelo.

Todo había sucedido con tal rapidez que ni Phil, ni Jacqueline, únicos testigos del silencioso drama, pudieron intervenir de ningún

modo. Phil abrió la mano derecha de Cluzot, que estaba boqueando en tierra, y extrajo una moneda de plata. De esta, al ser apretada, habían surgido unas pequeñísimas puntas envenenadas sin duda.

* * *

No había ni que soñar en salvar a Cluzot. Había sido víctima de un arma infalible, digna de un genio del mal. De un arma de las suyas.

Jacqueline lanzó un gemido ronco, ahogado, mientras se llevaba ambas manos a la boca, y en ese momento alguien bisbiseó desde las escaleras:

—Pero ¿qué sucede ahí? ¡Entren, pronto!

Phil se volvió. El que les llamaba era un tipo impecablemente vestido, de facciones tan heladas como sus ojos. Reconoció enseguida a Keller.

—¿Qué le pasa, Phil? ¿Está herido?

—Estoy como me da la gana...

Keller no respondió. Era hombre de decisiones rápidas, y lo demostró enseguida. Con fuerza poco común, introdujo ambos cadáveres en el asiento posterior del “Citroën”, y luego se puso al volante. La puerta del garaje de la finca se abrió automáticamente al pisar una franja las ruedas del coche. Lo introdujo allí y volvió a salir al instante, cerrando.

—Luego me ocuparé de ellos —masculló—. Pero ¿qué hacen aquí? ¡Entren! ¡La policía puede llegar de un momento a otro!

La policía judicial era un enemigo más para los hombres como Keller. Él pertenecía a la otra, al mundo confuso y turbio de las “policías paralelas”, las que llevan a cabo misiones secretas y no siempre legales. Las que a veces deciden el destino de un país.

Phil comprendió que no era momento para ponerse a discutir allí. Ascendió por las escaleras en compañía de Keller, y vio que Jacqueline, como hipnotizada, les seguía.

La casa estaba magníficamente amueblada, pero olía a cerrada. Por lo visto pertenecía al servicio, y Keller solo la utilizaba en momentos muy determinados.

—¿Está solo? —preguntó Phil.

—Sí. ¿Es qué le importa?

—Querría que alguien me atendiese.

—Enseguida me ocuparé de eso, pero antes va a contestarme a un par de preguntas.

—Será usted quién me las conteste, Keller —dijo rápidamente el joven—. La primera es: ¿Pertenecía realmente ese granuja de Cluzot al servicio secreto?

Keller dejó que en sus labios se dibujara una inocente sonrisa.

—Sí. Lo había contratado yo mismo.

—Entonces, ¿por qué me ordenó matarle?

Keller no contestó. No parecía confuso, pero diríase que deseaba meditar su respuesta antes de darla. Fue Jacqueline quien gritó:

—¡A mi padre también le dijo que matase a Philippe Durand!

Phil abrió la boca. La sentía espantosamente seca, y no era solo a causa de la pérdida de sangre.

—Comprendo —balbució—. Cluzot prestó un servicio deshaciendo en Oriente una red que ya no servía para nada... Pidió ser readmitido y lo consiguió. Yo ayudé a destruir también esa red, como en el caso de Odette Borbier, pero se me consideraba poco de fiar. Era un hombre desmoralizado, sin fe... ¡O quizá con demasiada fe, porque empezaba a creer en la verdad y en la vida! ¡Yo también tenía que ser eliminado! ¡A cualquier precio! ¿No es cierto, Keller? ¡Y Cluzot fue el encargado de conseguirlo! ¡Así tenía que demostrar nuevamente su valía! Pero si era yo quien vencía, usted comprendería que Cluzot no valía tanto, al fin y al cabo! Se quedaría con el que más le sirviese, ¿no es eso, Keller?

Las palabras de Phil eran como un rugido, parecía surgir de la garganta de una bestia herida.

Keller sonrió con desprecio.

—¿Eso le extraña? Nuestra norma es la eficacia. Teníamos que ligar bien todos los Cabos. Crear en Oriente una nueva red amarilla, prescindiendo de la antigua. Necesito hombres de primera clase, hombres que tienen que demostrarme su valía! ¡Y usted la ha demostrado, Phil!

Phil escupió las palabras lentamente, una a una:

—Es usted un canalla, Keller. Un hijo de zorra.

—¿Se da cuenta de que ahora puede ocupar un alto cargo? ¿Va a despreciar la mejor oportunidad de su vida?

—Usted no durará mucho en su puesto, Keller. Alguien dirá quién es usted. Hasta ahora eso no ha sucedido porque estaba

habitado a tratar con granujas a los que solo importaban dos cosas: su propio dinero y su propia vida. ¡Pero todo ha terminado, Keller! ¡Por fin alguien dirá la verdad acerca de sus “eficaces” métodos!

Keller comprendió que aquel hombre no hablaba en broma. Era la clase de tipos con los que no le convenía tratar.

—Dos de mis hombres le ayudaron una vez cuando estaba a punto de morir en aquella zanja —susurró, mientras llevaba la derecha hacia un costado de la americana—. En el fondo quizá quería que usted triunfase. Pero cometí un error...

—No me salvó desinteresadamente —le dijo Phil—. Por entonces aún me necesitaba. Tenía que terminar con Odette Borbier.

Keller introdujo velozmente la mano bajo su americana, pero de repente una voz le inmovilizó.

—¡Quieto!

Jacqueline había sacado una pistola de su bolso. La tendió a Keller, quien la miraba febrilmente.

—Él ha sido causante de la muerte de mi padre —balbució—. Quiero que lo mate con mi propia pistola.

Phil la miró sin parpadear. Al fin y al cabo, y dado el mundo en que vivían, aquello era justo. Todo consistía en matar a hierro y morir a hierro. Dijo lentamente:

—Siento que hagas tú eso precisamente, Jacqueline, porque... me gustabas.

Volvió la cabeza y miró fijamente a Keller.

Sin un parpadeo.

Sin temor.

No miraba a la pistola, sino a los ojos de Keller.

Este también le miraba a los ojos. Disfrutaba por anticipado el momento en que atravesaría uno de ellos con su bala.

—Lo siento, muchacho... —susurró.

Apretó el gatillo, y de pronto Phil lanzó una exclamación de horror... Porque la cabeza de Keller se había abierto, había saltado en dos pedazos. Su alta figura se derrumbó grotescamente, con una última expresión de horror, de haber comprendido al fin...

Jacqueline, llorando, cayó sin fuerzas en los brazos del joven.

—Yo me quedé tu pistola, ¿recuerdas? —sollozó—. Y él no la ha reconocido...

Phil le acarició los cabellos. Se sentía cada vez más débil, pero sin embargo, aquel era uno de los momentos más dichosos, más llenos de plenitud de su vida entera.

—Debo hacer una llamada telefónica —musitó—, una llamada a un hombre honrado. Creo que al comisario Javert, le gustará desentrañar los secretos de esta partida de ajedrez conmigo...

Y, sin dejar de acariciar los cabellos de la muchacha, se dirigieron ambos hacia el teléfono, pasando por encima del cadáver de Keller.

FIN

{1} Las «policías paralelas» son organizaciones no dependientes de la policía regular francesa, sino de determinados ministerios, que las pagan en secreto. Tienen por misión tareas también secretas; las «policías paralelas» se vieron envueltas en el asunto de las represalias contra la O.A.S. y en el oscuro rapto del dirigente marroquí Ben Barka (N. del A).

{2} Los acuerdos de Ginebra pusieron fin a la guerra del Vietnam con Francia, dividiendo la antigua Indochina en cuatro países: los dos Vietnam, Laos y Camboya. Los dos Vietnam, debían haberse reunificado en virtud de elecciones libres, que es muy problemático se celebren ya.